
HARLEQUIN
Deseo
Los Jeques
Un amor del pasado
KRISTI GOLD



Un amor del pasado

KRISTI GOLD



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

UN AMOR DEL PASADO, N.º 1947 - noviembre 2013

Título original: One Night with the Sheikh

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Publicada en español en 2013.

Nunca olvidó esa noche

Una vez, tuvo que anteponer el deber al amor. Años más tarde, el rey Rafiq Mehdi, ya viudo, buscó consuelo en su antiguo amor, la doctora Maysa Barad, para escapar del dolor y la culpa. La apasionada entrega de Maysa le hizo darse cuenta de que era la mujer con la que debería haberse casado, pues su boda de conveniencia solo le había hecho sufrir.
Maysa ya no era la mujer apropiada para ser la esposa del rey. Rafiq estaba dispuesto a enfrentarse a su pueblo para tenerla, pero la verdad sobre ella podría volver del revés todo su mundo.

Capítulo Uno

El rey Rafiq ibn Fayiz Mehdi poseía una aguda inteligencia, gran poder e infinitas riquezas. Sin embargo, nada de ello pudo evitarle una terrible tragedia, de la cual fue en parte responsable.

Mientras el sol se ponía, se hallaba en la azotea del palacio observando el panorama que se extendía ante sus ojos. El paisaje, que antes veneraba, le producía malos presagios y le despertaba recuerdos no deseados que alteraban su serenidad.

Una carretera oscura y llena de curvas; silencio y miedo; luces parpadeantes que iluminaban el fondo del acantilado; el metal retorcido...

–Si crees que vas a mover las montañas mirándolas, ten por seguro que no será así.

Rafiq se volvió al oír la voz de su hermano, que se hallaba a unos pasos de él.

–¿Qué haces aquí?

Zain se le aproximó y se apoyó en la pared de piedra.

–¿Así saludas a quien tan generosamente te entregó las llaves del reino hace más de un año?

Un hombre que había abdicado del trono por amor, un sentimiento que Rafiq no sabía si había experimentado.

–Discúlpame, hermano. No te esperaba hasta dentro de un mes.

–Como había completado mi preparación para el proyecto de conservación del agua, pensé que era hora de volver.

–¿Has venido solo?

–Claro que no –contestó Zain en tono irritado–. No viajo sin mi familia a menos que sea imprescindible.

Rafiq nunca hubiera creído que oiría decir a su mujeriego hermano esas palabras.

–¿Madison está contigo?

–Sí, y también mis hijos. Estoy deseando que conozcas a tus sobrinos.

Rafiq no compartía el entusiasmo de su hermano, ya que la presencia de los dos niños solo serviría para recordarle lo que había perdido.

–¿Dónde están?

–Con Madison y Elena.

–Me alegro de que hayas devuelto a Elena al puesto que le corresponde. La casa no funciona bien sin ella.

–Eso me han dicho. Y también me han dicho que estás a punto de provocar una revuelta entre el personal del palacio porque los tienes atemorizados.

Era cierto que a Rafiq le costaba mantener la calma esos días, pero no le importó la acusación.

–No atemorizo al personal, solo lo corrijo cuando es necesario.

–Pues he oído que te parece necesario hacerlo todos los días. También me han dicho que no has colaborado con el consejo.

Rafiq comenzó a sospechar el verdadero motivo de la aparición repentina de Zaid.

–¿Has hablado con nuestro hermano menor?

Zain bajó la vista.

–He hablado con Adan de vez en cuando.

Rafiq comenzó a enfadarse.

–Obviamente de mí.

–Solo me ha dicho que lo estás pasando mal desde la muerte de Rima.

Las sospechas de Rafiq se confirmaron. Zain había adelantado su viaje de vuelta para cuidarlo.

–A pesar de lo que Adan y tú creáis, no necesito un guardián.

Zain lo miró con expresión sombría.

–Ambos comprendemos que estés destrozado después de perder a tu esposa y a tu hijo que no llegó a nacer…

–¿Cómo vais a entenderlo? Tú tienes esposa y dos hijos sanos.

–Es comprensible que sigas lleno de ira, sobre todo cuando hay tantos interrogantes sobre el accidente. No obstante, tu actitud es perjudicial. Tal vez debieras pensar en tomarte un tiempo de descanso.

Era imposible e innecesario.

–¿Y quién gobernaría el país mientras tanto?

–Yo. Al fin y al cabo me preparé durante muchos años para asumir esa responsabilidad antes de renunciar al trono. Adan está dispuesto a ayudarme.

Rafiq se echó a reír.

–En primer lugar, a Adan no le interesa gobernar Bajul. Lo único que le interesa es pilotar aviones y seducir a mujeres. En cuanto a ti, nuestro pueblo no ha olvidado que lo abandonaste dos veces.

Zain lo miró con furia no reprimida.

–Sigo queriendo este país y soy capaz de gobernarlo bien, como

prometí antes de volver con Madison a Estados Unidos. Recuerda que, sin ayuda de nadie, he desarrollado el proyecto de conservación del agua que asegurará el futuro de Bajul y que cuento con el apoyo del consejo.

–Lo siento. Agradezco tu apoyo, pero te aseguro que no necesito descansar.

–Un tiempo de descanso te permitiría analizar tus sentimientos.

–Mis sentimientos son lo de menos. Lo que importa es mi deber para con Bajul.

–Pero, como es natural, tu estado emocional ha comenzado a afectar a tu liderazgo. El duelo requiere tiempo, Rafiq. Y no te has concedido el suficiente.

–Han pasado seis meses. La vida debe continuar.

–A veces, la vida se detiene, hermano. Has sufrido una gran pérdida y, si te niegas a reconocerlo, sufrirás más.

A Rafiq le resultó imposible seguir con aquella conversación.

–Prefiero no continuar hablando. Si me disculpas...

Unos pasos que se aproximaban lo hicieron callar. La rubia esposa americana de Zain caminaba hacia ellos con una niña de pelo oscuro en brazos. Rafiq observó la felicidad que irradiaba del rostro de su cuñada al mirar a Zain.

–Esta cría insiste en estar con su padre.

Zain sonrió.

–Y su padre está encantado de estar con ella.

Después de entregarle la niña a Zain, Madison abrazó al hermano de su esposo.

–Me alegro de verte, querido cuñado.

–Yo también, Madison. Tienes buen aspecto, como siempre. Nadie diría que has dado a luz recientemente –solo días después de que él hubiera enterrado a su esposa.

–Gracias. Elena me ha dicho que vendrá a verte en cuanto acueste a Joseph. Es la que mejor tranquiliza a mi hijo. Después de haberos criado a vosotros, tiene experiencia.

Zain se acercó más a su hermano.

–Cala –dijo a su hija– este es tu tío Rafiq. Sí, nos parecemos, salvo en la perilla, pero yo soy mucho más guapo.

Rafiq se sintió muy triste al oír el nombre de su madre, que su hermano había puesto a su hija; la madre a la que apenas había conocido, pero a la que adoraba.

–Es preciosa, Zain. Felicidades.

–¿Quieres tenerla en brazos?

Si lo hacía, se arriesgaba a destruir la fortaleza emocional que

había levantado para protegerse.

–Después. Ahora tengo que revisar unos documentos –besó a Madison en la mejilla–. Has honrado a mi hermano dándole el mejor de los regalos. Te lo agradezco.

Echó a andar para escapar de allí, pero su hermano lo detuvo después de entregar a la niña a su madre.

–Espera.

Rafiq se volvió de mala gana.

–¿Qué quieres?

Zain le puso la mano en el hombro.

–Entiendo que te sea difícil hablar con tus hermanos, por lo que me parece que debieras acudir a quien te entiende mejor que nadie.

–Si te refieres a Shamil Barad, está fuera.

–Me refiero a su hermana, Maysa.

Al oír ese nombre, Rafiq sintió una punzada de remordimiento y lo invadieron los recuerdos. Recordó el pelo negro y largo de Maysa cayéndole por la espalda hasta la cintura; la noche, mucho tiempo atrás, en que habían hecho el amor, lo cual resultó un grave error; el dolor en los ojos castaños de ella cuando él le dijo que nunca podrían estar juntos...

–Hace muchos años que no hablo con ella. Rompió todos los vínculos conmigo cuando...

–¿Cuando la dejaste por Rima Acar?

–No me consultaron cuando nuestros padres llegaron a un acuerdo.

–Sí, recuerdo que el jeque Acar rechazó la oferta del padre de ella, pero tú no intentaste convencer a ninguno de los dos de que pertenecías a Maysa.

Y lo había lamentado más de una vez.

–Según la tradición, no podía hacerlo.

La expresión de Zain se tornó pétrea.

–Una tradición que me obligó a elegir entre mis deberes reales y mi esposa. Una costumbre anticuada que lo único que ha conseguido es que tanto tú como Maysa seáis desgraciados. La elección que llevó a cabo el sultán por Maysa terminó en divorcio y estuvo a punto de destruirla, y tú no eras feliz con la reina.

–No sabes nada de mi relación con Rima –dijo Rafiq, muy irritado.

–Sé lo que veía cuando estabais juntos. ¿Eras feliz, Rafiq? ¿Lo era ella?

Si era sincero, debía confirmar las conjeturas de Zain.

–La apreciaba mucho. Éramos amigos mucho antes de casarnos.

Su muerte ha sido terrible para mí, lo creas o no.

–Perdona si te he parecido insensible. Como te he dicho, es evidente que estás muy alterado, lo que me lleva a insistir en que veas a Maysa. Ella te entenderá.

Tal vez fuera así, pero había otros problemas.

–Aunque accediera a verme, lo cual dudo, cualquier relación con ella se consideraría inaceptable. Está divorciada, y yo hace muy poco que soy viudo.

Zain, irritado, frunció el ceño.

–En primer lugar, lo único que te sugiero es que hables con ella, no que la desposes; en segundo lugar, si te preocupa que alguien sospeche que tenéis una relación sentimental, márchate sigilosamente por la noche para evitar que te descubran. A mí siempre me ha funcionado. Si necesitas ayuda, no dudes en pedírmela.

A Rafiq no le cabía duda alguna de que su hermano se la daría, ya que había hecho de la desaparición un arte.

–No necesito tu ayuda ni pienso ver a Maysa.

–No lo descartes por completo, Rafiq. Podría ser la persona capaz de echarte una mano en este difícil periodo.

En otro tiempo hubiera sido verdad. Maysa lo conocía y lo entendía mejor que nadie y siempre lo había apoyado en la adolescencia. Ella había sido su punto débil, y él para ella, su mayor desilusión.

Por eso no debía verla. Sin embargo, al retirarse a sus aposentos, comenzó a preguntarse si Zain no estaría en lo cierto. Tal vez mereciera la pena arriesgarse a recuperar la relación con Maysa, aunque fuera por poco tiempo.

Como médico de familia del pueblo, Maysa Barad abrió la puerta a medianoche creyendo que vendrían a buscarla para que atendiera a un niño enfermo o a una parturienta. No se esperaba encontrar a Rafiq Mehdi, recientemente coronado rey de Bajul y viudo desde hacía unos meses. Y su amigo de la infancia, su primer amor y su primer amante.

Rafiq había cambiado de forma sutil pero evidente. Seguía siendo alto y delgado, y tan increíblemente guapo como siempre, a pesar de la perilla que enmarcaba su boca sensual. Su pelo y sus ojos eran negros, muy parecidos a los de ella, pero la madurez le confería una mayor aura de poder.

No recordaba la última vez que había ido a visitarla ni adivinaba por qué estaba allí.

–Buenas noches, majestad. ¿A qué debo el honor?
–Tengo que hablar contigo.
Su tono grave y la intensidad de su mirada asustaron a Maysa.
–¿Estás enfermo?
–No, te explicaré por qué he venido cuando estemos en un lugar privado.
Maysa miró alrededor y vio un coche negro aparcado, pero a ningún guardaespaldas.
–¿Dónde están tus guardias?
–En palacio. Solo pocas personas saben que estoy aquí.
Estar a solas con él le preocupaba a Maysa. Pensó en pedirle que volviera por la mañana, cuando estuviera adecuadamente vestida, descansada y mejor preparada. Pero era el rey, y sus deseos eran órdenes. En su adolescencia, ella hubiera hecho cualquier cosa que le pidiera. Una fatídica noche, lo hizo.
A pesar de su inquietud, abrió la puerta y lo dejó entrar.
Cuando Rafiq lo hizo, ella cerró la puerta con llave.
–Te estoy muy agradecido por recibirme a esta hora.
–No hay de qué. Ven conmigo.
Maysa lo condujo por un pasillo y se detuvo cuando apareció una criada. Indicó a la sorprendida mujer que se marchara y siguió adelante pasando por las numerosas habitaciones que formaban la casa de su padre. Era la misma casa en la que ella había pasado de ser adolescente a convertirse en una mujer gracias al hombre que la seguía.
Cuando llegaron a sus aposentos, ella cerró la puerta y le indicó que se sentara en el sofá.
–Prefiero quedarme de pie –afirmó él mientras comenzaba a recorrer la habitación como un león enjaulado.
Maysa se sentó, recogió las piernas y se colocó el caftán para cubrirse los pies desnudos. Decidió seguir hablando en inglés, por si algún criado intentaba escucharlos.
–¿Qué deseas, Rafiq?
Él se detuvo frente a una ventana a contemplar las montañas.
–No podía dormir. Tengo problemas para hacerlo desde...
–El accidente –el misterioso accidente de coche que le había arrebatado la vida a la reina, seis meses antes–. El insomnio y la inquietud son comprensibles. La muerte de Rima ha sido trágica e inesperada. Si quieres que te recete algo para dormir, lo haré con mucho gusto.
Él se volvió hacia ella.
–No quiero pastillas, Maysa. Desearía volver a esa noche y evitar

la muerte de mi esposa. Quiero encontrar un poco de paz.

Parecía que los sentimientos de Rafiq por su esposa eran más profundos de lo que Maysa había imaginado.

–Se tarda tiempo en recuperarse de la pérdida de un ser querido.

–Han pasado seis meses. Y no la quería lo suficiente, lo que contribuyó a su muerte.

Era evidente que Maysa había llegado a una conclusión errónea. El matrimonio de Rafiq y Rima no había sido más que el producto del acuerdo entre los padres de ambos. Por eso no entendía por qué él se culpaba de la muerte de su esposa.

–No conducías tú, Rafiq.

Él se acercó y se sentó en el otro extremo del sofá.

–Pero fui el causante de que se marchara aquella noche.

Ella no estaba segura de querer saber los detalles, pero decidió escucharle, ya que, por primera vez en muchos años, la había buscado para que fuera su confidente.

–¿Discutisteis antes de que se fuera?

Él agachó la cabeza y se pasó las manos por la cara, como si quisiera borrar el amargo recuerdo.

–Sí, inmediatamente después de que me dijera que estaba embarazada.

El embarazo de Rima no se había comunicado a la prensa, pero para Maysa no supuso una sorpresa. Sin que el rey lo supiera, la reina había ido a verla para que se lo confirmara, en vez de consultar al médico del palacio, aunque Maysa no sabía por qué; Rima conocía la estrecha relación que había habido entre ella y su esposo.

–¿No te alegraste al saberlo?

–Me alegré al saber que tendría un heredero, pero ella no quería tener un hijo mío.

Maysa había observado el pesar de Rima al confirmarle el embarazo, pero lo atribuyó a la sorpresa.

–¿Te dijo eso?

Él suspiró.

–No textualmente, pero percibí su falta de alegría. Cuando se lo pregunté, no lo negó. Y poco después se marchó sin decirme nada.

Maysa se figuraba adónde había ido la reina antes del accidente, pero carecía de pruebas.

–¿Sabes adónde iba cuando se marchó?

–No, y lo más probable es que nunca lo sepa. Lo que sé es que si hubiera sido más amable con ella, tal vez no se hubiera marchado.

Ella le ofreció el único consejo que podía darle en aquel

momento; un consejo que ella se había visto obligada a seguir cuando él le dijo que iba a casarse con otra mujer, lo que destruyó su sueño de tener un futuro juntos.

–Rafiq, puedes pasarte la vida preguntándote lo que podía haber pasado o puedes seguir adelante.

–Hace unas horas le he dicho a Zain que mi intención es seguir adelante, aunque no he reconocido lo difícil que me resultará. Hasta hace poco no estaba dispuesto a reconocerlo.

–Estaría bien que tu hermano estuviera contigo en este difícil periodo.

–Ha llegado hoy con Madison y los niños.

Ella pensó que tener a los niños alrededor podía ser la causa de su tristeza y falta de entusiasmo.

–Te debe resultar muy difícil.

–¿Por qué crees que no he ido a dar la bienvenida a la familia de mi hermano?

Ella le puso la mano en el brazo.

–Pues claro que se la has dado, pero tener a dos niños a tu lado puede recordarte tu reciente pérdida.

–Puedo enfrentarme a eso, pero no puedo seguir el consejo de Zain, que está convencido de que necesito una temporada de descanso.

–Puede que tenga razón. Que te marcharas durante un tiempo contribuiría a cicatrizar las heridas.

Rafiq frunció el ceño.

–Mi hermano se equivoca. Lo único que necesito es tiempo para adaptarme, y puedo hacerlo al mismo tiempo que atiendo a mis deberes.

Maysa pensó que sobrestimaba sus fuerzas.

–¿Sabe Zain que estás aquí?

–Sí. Ha sido él quien ha insistido en que hablara contigo.

–Creí que habías venido por propia iniciativa.

–No se me hubiera ocurrido molestarte.

–No me molestas, Rafiq. Pensé en irte a ver después del funeral, pero no estaba segura de ser bien recibida.

–Siempre serás bien recibida, Maysa –afirmó él con sinceridad.

El recuerdo la conmocionó; el recuerdo de la vez en que él le había dicho lo mismo.

«No importa lo que nos depare el futuro: siempre serás bien recibida en mi mundo».

No había sido así. Después de firmar el contrato de boda, se les prohibió expresamente que se vieran, pero lo habían seguido

haciendo en secreto. Esas citas clandestinas habían avivado el fuego entre ambos, hasta que una noche hicieron el amor por primera y última vez.

Ella se preguntó si él se acordaría de aquellos momentos o si se habría obligado a olvidarlos.

Se levantó y fue a servirse un vaso de agua de una jarra que había en una mesita. Se quedó de espaldas a él mientras bebía unos sorbos. Oyó que se le acercaba.

–¿He dicho algo que te haya molestado, Maysa?

Su presencia la alteraba; sus sentimientos hacia él la alteraban. Dejó el vaso en la mesa y se volvió.

–¿Cuál es el verdadero motivo de tu presencia aquí, Rafiq? ¿Por qué has venido después de tantos años?

Él la miró, confuso.

–Eres la persona en quien siempre he buscado consuelo.

–No siempre. Llevamos más de una década sin hablar.

La ira comenzó a apoderarse de él.

–Fuiste tú la se marchó a Estados Unidos. Yo siempre he estado aquí.

–No tuve elección después de divorciarme de Boutros.

–Con quien nunca debiste haberte casado.

Un sultán despiadado que había estado a punto de despojarla de su seguridad en sí misma y de su valía.

–Como en tu caso, mi boda fue una imposición de mi padre.

–¿Por qué arriesgaste tu nombre y tu reputación divorciándote de Boutros?

Ella no se atrevió a decirle toda la verdad.

–Se negó a que siguiera trabajando y yo me negué a que me dictara cómo debía vivir.

–¿Esa es la única razón?

–¿No es suficiente? ¿Qué otra podría haber?

–Todo el mundo sabe que a Boutros Kassab se le conoce por sus amistades poco recomendables.

Ella decidió que era mejor que creyera eso en vez de revelarle la cruda realidad: que Boutros era un sádico viejo verde.

–Me casé a los dieciocho años. No me metía en sus negocios. Solo requería de mí que fuera una esposa obediente.

–¿En la cama?

Ella titubeó.

–¿Quieres que mienta y que te diga que no?

–Te saca treinta años. Esperaba que me dijeras que no tenía ningún interés carnal debido a su incapacidad de cumplir.

Era lo que ella había deseado muchas noches, pero no había sido así.

–Boutros es un hombre, y los hombres raramente pierden el interés por el sexo, con independencia de su edad.

–¿Te satisfacía, Maysa?

Ella se quedó perpleja ante la pregunta.

–No es asunto tuyo.

Él le recorrió la mejilla con la punta del dedo.

–Me pica la curiosidad saber si te satisfacía, si había aprendido, como lo hice yo, a hacerte temblar de deseo.

Ella se abrazó a sí misma como si quisiera protegerse de su magnética atracción.

–Y Rima, ¿te satisfacía? ¿O te acostabas con ella para conseguir un heredero?

Rafiq se apartó de ella y se dirigió a la ventana a mirar de nuevo las montañas. Ella se le acercó lentamente y él le puso la mano en el hombro.

–Perdóname, Rafiq, no era mi intención ser tan desagradable. Sé cuánto te duele la pérdida de tu hijo, y también lo mucho que te importaba tu esposa y que fuiste un buen marido. Nunca pasarías por alto sus necesidades.

–Y al hacerlo tuve que hacer caso omiso de lo que más necesitaba yo.

–¿El qué?

–A ti.

Sin previo aviso, Rafiq se volvió y la abrazó. La besó con furia y desesperación. Y ella, aceptó de buen grado el beso, como siempre había hecho.

A Maysa no le gustó que Rafiq la transformara con tanta facilidad en una mujer dispuesta y libertina, pero no hasta el punto de negarse. Se despreció a sí misma por ceder al deseo, siempre presente, porque eso conduciría a un placer innegable, pero también al desastre. No era seguro que él la deseara. Buscaba consuelo donde pudiera hallarlo, como había sucedido hacía años. Eso la enfureció lo suficiente como para recobrar el sentido común.

Reuniendo todas sus fuerzas, Maysa retrocedió.

–¿Cuántas mujeres ha habido después de mí y antes de casarte con Rima?

Él la miró, confundido.

–¿Qué importa eso?

–Tal vez pudieras llamar a una de ellas para conseguir lo que claramente necesitas.

La expresión de él se volvió pétrea.

–¿Crees de verdad que eso es lo único que significas para mí?

Ella se cruzó de brazos.

–Sí. Buscas una diversión temporal y, después, volverás a marcharte.

–Busco la compañía de alguien en quien confío y a quien siempre he querido.

–Si de verdad me quisieras no me habrías besado.

–Tal vez haya cometido un error. Quizá no hubiera debido venir.

Ella se rio con desdén.

–Tienes razón, ha sido un error. Alguien puede enterarse, y el consejo no se lo tomará muy bien. Recuerda que soy una mujer despreciable: una divorciada, lo que para muchos equivale a una prostituta. Y no olvidemos que tú eres nuestro rey todopoderoso.

–Nunca te he considerado una prostituta. Y hay veces en que desearía olvidarme de que soy el rey.

Su tono abatido conmovió a Maysa.

–Me parece que te vendría bien esa temporada de descanso.

–No tengo ningún sitio adonde ir en que me dejen en paz –la miró fijamente a los ojos al tiempo que sonreía burlón–. A menos que estés dispuesta a alojarme en tu casa, claro está. No te molestaría. No notarías que estoy aquí.

Lo notaría cada segundo del día, tanto si estuviera presente como si no.

–No me parece un plan muy acertado.

Él la tomó de las manos.

–Solo deseo librarme un tiempo de mis responsabilidades y recuperar tu amistad.

Sería muy fácil acceder a lo que le pedía, pero…

–¿No quieres recuperar la amistad en la cama?

–Nunca te pediría nada que no quisieras ofrecerme.

Eso planteaba un problema, ya que ella estaba dispuesta a entregarle todo sin recibir a cambio nada más que noches de placer y buenos recuerdos para sobrellevar los malos, aunque él volviera a partirle el corazón.

Maysa se soltó de sus manos y se puso a pasear por la habitación sopesando los pros y los contras. De pronto se le ocurrió una cosa: podía sacar provecho de la presencia de Rafiq demostrándole que el progreso en la atención sanitaria a los pobres debiera ser de capital importancia durante su reinado. Podría enseñarle lo que soportaba su pueblo al enfrentarse a la enfermedad.

Al fin y al cabo, el ala de los invitados estaba muy alejada de sus

aposentos privados, lo que le permitiría establecer una distancia física entre ambos. Además, era una mujer fuerte e independiente. Había aumentado sus conocimientos médicos en los mejores hospitales estadounidenses y había sobrevivido a un déspota y se había divorciado de él, por lo que podría manejar a un rey... o eso esperaba.

–De acuerdo –dijo mirando a Rafiq a los ojos–. Puedes quedarte, siempre que te atengas a una serie de reglas.

–¿Qué me supondrían esas reglas?

–Prefiero reservarme los detalles para más adelante –cuando supiera cuáles eran.

–Muy bien. ¿Hay algo que deba hacer esta noche?

Se le ocurrió una respuesta poco apropiada, por lo que la desechó.

–No.

–Debo regresar a palacio. Seguiremos hablando cuando vuelva mañana para comenzar mi retiro.

–¿Mañana? Creí que necesitarías más tiempo para dejar todo arreglado.

–No, al fin y al cabo, soy...

–El rey, ya lo sé. Te acompaño a la puerta.

Cuando llegaron, Rafiq le dijo.

–Te estaré eternamente agradecido, Maysa, y te aseguro que no te daré motivo para que desconfíes de mis razones.

–Me alegra saberlo. Y me reservo el derecho a añadir nuevas condiciones si llego a dudar.

–Me esforzaré por recuperar tu confianza.

Maysa quiso creerlo. Y sobre todo, deseó no sentirse tan atraída por él ni sentirse perdida cuando la miraba como lo hacía en ese momento.

La tensión entre ambos se podía cortar. Maysa se dio cuenta de que bastaría con que ella se moviera levemente hacia él para que sus labios se unieran.

Carraspeó y dio un paso atrás antes de que su fuerza de voluntad la abandonase.

–Buenas noches, rey Mehdi. Hasta mañana.

–Llegaré antes de que caiga la noche, doctora Barad.

El tratamiento formal la sorprendió y le sonó falso. Pero si la formalidad le servía para conservar su determinación, dejaría de llamarlo por su nombre de pila, de tocarlo, y evitaría toda circunstancia arriesgada. Pero cuando él la besó suavemente en la mejilla y le sonrió, ella se percató de que el peligro rondaba en

cualquier esquina.

Cuando Rafiq salió de la casa, Maysa pensó en la primera regla.

–Rafiq –lo llamó antes de que subiera al coche–, tengo algo más que decirte antes de que te vayas. Se me ha ocurrido una regla que debemos seguir.

–¿Cuál?

–No habrá más besos.

Él esbozó una sonrisa de complicidad antes de montarse en el vehículo. Y mientras Maysa veía perderse sus luces traseras en la lejanía, pensó, preocupada, que el rey era capaz de convencerla de que desobedeciera todas las reglas.

Capítulo Dos

«No habrá más besos».

Mientras Rafiq estaba en su despacho para arreglar los últimos asuntos, no podía dejar de pensar en besar a Maysa y en volver a hacerle el amor.

–¿Todo listo, hermano?

Rafiq alzó la vista. Su hermano pequeño estaba frente a él y le sonreía burlón.

–Me preocupa mi deber.

–¿Hasta el punto de no hablar conmigo, tu más leal defensor?

Adan no solía defender a nadie salvo a sí mismo.

–Si no tienes nada importante que decirme, será mejor que vuelvas después.

–Pues sí, tengo algo muy importante que decirte –afirmó Adan mientras se sentaba frente a él.

Irritado por la interrupción, Rafiq se recostó en la silla.

–¿Has encontrado otro avión para incorporar a nuestra flota?

–No, he venido a traerte un mensaje.

–¿De quién?

–De Maysa Barad. Quiere que llegues antes de las seis de la tarde y que limites el número de tus guardias, si es posible.

–Entendido. Ya te puedes marchar.

–No me iré hasta que me expliques por qué vas a ver a Maysa y por qué te pide que no te acompañen muchos guardias.

–Lo que haya entre Maysa y yo no te concierne.

–Puede ser, pero me pica la curiosidad.

Rafiq se reprimió para no decir a su hermano lo que podía hacer con su curiosidad y con su acento británico.

–Maysa me ha permitido tomar un breve descanso en su casa.

Adan se acarició la barbilla.

–Ya veo. ¿Y te lo tomarás en su cama?

A Rafiq no le sorprendió la suposición, pero lo enfureció.

–Puedes estar seguro de que no intentaré acostarme con ella.

Adan soltó una cínica carcajada.

–En eso no nos parecemos. Yo renunciaría a volar antes de dejar de estar a solas con una mujer hermosa. Y tú deberías hacer lo mismo.

Rafiq se sintió obligado a explicarse.

–En primer lugar, acabo de enviudar…

–De una mujer a la que no querías.

–De una mujer a la que conocía mucho antes de casarnos. Aunque no te lo creas, quería mucho a Rima.

–Sí, pero no tanto como a Maysa.

Rafiq comenzó a perder la paciencia.

–Maysa solo es una amiga que ha aceptado satisfacer mis necesidades.

–¿Qué necesidades, hermano?

–Mis intenciones son honorables –aunque no lo fueran sus pensamientos.

–¿Con cuánta honorabilidad te comportarás cuando estés con una amiga que estuvo enamorada de ti?

–Lo que Maysa y yo compartimos en el pasado tenía que ver más con la camaradería que con el amor.

–Te refieres al deseo adolescente. Pero ese deseo puede continuar en la edad adulta.

–Soy mayor y sé más cosas. He aprendido a controlarme.

–Eres un Mehdi, Rafiq, y tu autocontrol desaparecerá en presencia de una mujer a la que siempre has deseado. No eres de piedra.

Rafiq fulminó a su hermano con la mirada al tiempo que ponía las manos en el escritorio.

–No proyectes en mí tu incapacidad de contenerte. Acostarme con mujeres no es mi pasatiempo preferido.

–No me he acostado con tantas como crees. Y aunque tú siempre te has comportado con más discreción, creo que no te mantuviste célibe en el periodo entre el acuerdo de casarte con Rima y el momento de la boda.

No iba a hablar de eso con su hermano.

–Si has terminado de entrometerte en mi vida privada, márchate inmediatamente.

–Pues aún no he terminado. ¿Te molestó que Rima no fuera virgen cuando os casasteis?

Rafiq sintió que la sangre le hervía ante el descaro de Adan.

–¿Por qué supones que no lo era?

–¿Lo niegas?

Por desgracia, no podía. Pero se preguntó cómo lo sabía su hermano. Estuvo tentado de preguntarle, pero temía la respuesta.

–Es un tema del que no voy a hablar.

–Lo único que quiero señalar es que Rima no era una santa ni tú

tampoco. Eres humano, un hombre con necesidades.

–Si lo que te preocupa es que manche nuestro apellido con un escándalo acostándome con Maysa, puedes estar seguro de que no lo haré. Y si, además, esperas que abandone mis deberes y te ceda la corona, como Zain hizo conmigo, puedes irte olvidando de ello.

Adan se puso serio.

–Nunca he deseado ser rey, Rafiq. En lo que se refiere a tu relación con Maysa, abogo porque la naturaleza siga su curso. Si Maysa y tú os encontráis irresistibles, no te reprimas. Tienes, desde luego, mi bendición.

Adan no había tenido en cuenta el hecho más importante. Si Rafiq y Maysa volvían a ser amantes, la relación tendría que ser temporal, ya que se esperaba que él eligiera una esposa adecuada para hacerla reina. Le resultaba impensable estar con otra mujer que no fuera Maysa, pero no soportaría volver a hacerla sufrir. Sin embargo, lo haría si se dejaba llevar por sus impulsos.

Por eso, tal vez fuera mejor que cambiara de planes y buscara otro sitio para descansar.

–Tendré en cuenta tu consejo. Ahora, si no te importa, tengo trabajo.

–¿Tanto que no puedes concederle unos momentos a tu antigua institutriz?

Elena Batelli se hallaba en el umbral de la puerta con un bebé de pelo oscuro en los brazos. Su pelo cano contrastaba con el azul de sus ojos. Había sido la madre sustituta de los tres varones Mehdi desde la muerte de su madre biológica, y siempre era bienvenida. Era una mujer que decía lo que pensaba, y Rafiq estaba seguro de que lo seguiría haciendo.

Se levantó y se abrazaron.

–Me alegro de que hayas vuelto a casa, Elena. Tienes muy buen aspecto.

–Pareces cansado –le dijo mientras entregaba a la niña a un sorprendido Adan–. Lleva a tu sobrina con su padre para que yo pueda estar un rato con tu hermano.

Adan se levantó y agarró a la niña con torpeza.

–¿Y si empieza a llorar?

Elena frunció el ceño.

–No será la primera mujer a la que hagas llorar, así que te aconsejo que te des prisa.

Rafiq volvió a sentarse y Elena lo hizo frente a él.

–¿Qué es eso que me han contado de que estás viendo a la doctora Barad?

–No es lo que crees.

–Creo que es una buena idea.

Él no había previsto esa reacción.

–Me estoy planteando si es acertado hacerlo.

–¿Porque temes lo que puedan pensar los demás?

Porque temía no ser fuerte en presencia de Maysa.

–No quiero ser una fuente de tensión para ella.

–Maysa está muy capacitada para hacer frente a la tensión y tal vez mucho más para enfrentarse a ti.

–¿Qué quieres decir?

–Que te conoce muy bien –afirmó ella poniéndole la mano en la suya–. Siempre ha sido tu sostén y creo que ahora la necesitas más de lo que necesitas el trono. Y si te preocupa sucumbir a deseos no aconsejables, confío en que seas el hombre honorable que siempre has sido.

–Entonces, ¿de verdad crees que debo seguir con mi plan?

–Sí, y no te olvides de lo que te he enseñado –afirmó ella mientras se levantaba–: Quien tiene un amigo tiene un tesoro. Maysa es tu tesoro. No malgastes ese regalo.

Maysa comenzó a creer que Rafiq había cambiado de idea. Cuando sonó el timbre de la puerta, se apresuró a abrirla. Pero el hombre barbudo que se hallaba en el umbral era su hermano.

–¿Qué haces aquí, Shamil?

–Me esperaba un saludo más entusiasta –dijo él mientras entraba sin ser invitado.

–Perdona, pero es que me sorprende verte.

–¿Esperabas a otra persona?

Ella decidió ocultarle la verdad y cambiar de tema.

–¿Han acabado las reformas del centro turístico?

–No, y por eso estoy aquí. Volveré a Yemen esta noche, por lo que te pido que supervises en mi lugar a los trabajadores de vez en cuando.

A Maysa no le sorprendió lo que le pedía. Shamil solo la visitaba cuando quería algo de ella. Se había puesto hecho una furia cuando se divorció, pero el enfado solo le duró hasta que la necesitó para algo.

–Mi profesión me ocupa todo el día, Shamil. No tengo tiempo para supervisar un proyecto que tú decidiste emprender.

–¿Debo recordarte que el hotel y el resto también es responsabilidad tuya?

–Nuestro padre te entregó a ti las llaves.

–Y a ti, esta casa, porque es un hombre generoso y comprensivo. Y estoy seguro de que le gustaría saber que me estás ayudando, no que te has negado a hacerlo.

A Maysa le daba igual complacer a su padre y era inmune a las veladas amenazas de Shamil.

–Lo único que te prometo es que me pasaré una vez a la semana, si tengo tiempo.

–Sería preferible dos o tres veces por semana.

–Lo intentaré. ¿Era eso todo lo que querías?

–De momento, sí. Les diré a los trabajadores que te pasarás.

–Muy bien.

Cuando Maysa abrió la puerta oyó que un coche se detenía fuera.

–¿Qué hace él aquí? –preguntó Shamil casi con desprecio.

Rafiq se bajó del coche protegido por un guardia armado.

–En primer lugar, es el rey, y puede ir donde le plazca; en segundo, es un amigo, y hubo una época en que fue tu mejor amigo –dijo ella.

–Ya no lo considero así.

Rafiq llegó a la puerta, sonrió a Maysa y saludó con un movimiento de cabeza a Shamil.

–¿Has olvidado el camino a palacio?

–No –replicó Rafiq–. Estoy aquí porque me han invitado.

Shamil dirigió una mirada furiosa a Maysa antes de volver a centrar la atención en Rafiq.

–Si estás aquí para hablar de cuidados sanitarios con mi hermana, sería mejor que lo hicieras en un sitio menos privado.

Maysa se apartó para dejar a Rafiq que entrara.

–Mis criados le mostrarán sus aposentos, majestad.

–Muy bien –respondió él sin siquiera mirar a Shamil.

Cuando Rafiq hubo entrado, Maysa fulminó con la mirada a su hermano.

–¿Cómo te atreves a ser tan maleducado?

–Y tú, ¿cómo te atreves a invitarlo a la casa de nuestro padre?

–Nuestro padre siempre ha tenido vínculos muy estrechos con la familia Mehdi, por lo que no se opondría a que uno de sus miembros fuera un invitado en su casa, sobre todo si es quien gobierna Bajul, un rey que necesita un descanso, que es por lo que se quedará aquí un tiempo.

–Nuestro padre se opondría a que seas la amante del rey.

A pesar de la irritación que sentía, Maysa fingió estar calmada.

–No tienes derecho a hablarme así ni a odiar a Rafiq. ¿O sigues envidiándolo por haberse casado con Rima?

–Rima no significaba nada para él –masculló Shamil–. Y no se la merecía.

Era evidente que Shamil no había olvidado el pasado ni el deseo de una mujer a la que no pudo tener.

–¿Cómo sabes lo que había entre el rey y la reina, Shamil?

–Ella se merecía mucho más amor y consideración de los que le ofreció Rafiq. Se merecía la oportunidad de vivir, y él le privó de ella.

–Rafiq no tuvo nada que ver con su muerte.

–No estarías tan segura si la hubieras visto esa noche.

–Tal vez la viera.

Sus palabras parecieron ahogar momentáneamente la ira de Shamil.

–¿Dónde la viste?

–Esa noche fui al hotel y, cuando te vi abrazando a una mujer en la terraza, me marché inmediatamente. ¿Estoy en lo cierto al suponer que esa mujer era Rima?

Él bajó la mirada.

–Estuvo allí un rato.

–¿Y cuántas veces había estado antes?

–Eso no te importa.

–¿Teníais una relación sentimental?

–¡Basta!

Era evidente que Maysa había descubierto la verdad.

–Y Rafiq no sabía nada de tu relación con su esposa.

–No sabía nada de la vida de Rima por decisión propia. Y nunca lo sabrá, ¿entendido?

–Tiene derecho a saber lo que sucedió en los minutos anteriores a su muerte.

–Perdió sus derechos cuando hizo caso omiso de los sentimientos de Rima y la privó de libertad. Y si repites una sola palabra de esta conversación al rey, me encargaré de que te echen de esta casa y de arruinar tu reputación por completo.

–No tienes tanto poder. Puedo buscar otro sitio para vivir, y los habitantes de aquí me respetan no solo como médico, sino como persona. No les importa mi pasado.

–¿Serán tan comprensivos si saben que la doctora también es la amante del rey?

Ella le señaló la salida con el dedo.

–Vete y no vuelvas a menos que sea para disculparte.

–Volveré –afirmó él riéndose con amargura– pero no retiraré lo dicho. Si le dices algo a Rafiq, atente a las consecuencias.

Shamil se marchó en su coche y Maysa se quedó pensando si debía contar a Rafiq dónde había estado su esposa la noche fatal de su muerte. Si confesaba, nada cambiaría: Rima seguiría muerta. Y Shamil se empeñaría en destrozarle la vida a ella. Maysa no creía que debiera lealtad a Shamil y se sentiría culpable si no hablaba con Rafiq.

Por suerte, aún no era el momento de decidir qué debía hacer, ya que tenía que dar la bienvenida al rey.

Rafiq notó que Maysa parecía incómoda mientras cenaban y que seguía estándolo después en el patio, donde, sentados, contemplaban el cielo. Estaba muy guapa, sentada con las piernas recogidas y los pies desnudos. Su largo pelo oscuro le caía sobre los hombros delgados y el vestido blanco de gasa que llevaba contrastaba con el dorado de su piel. Recordó cómo se la acariciaba cuando estaban cautivados el uno por el otro, con un deseo tan intenso que parecía que nunca lo saciarían, hasta la única noche en que cruzaron la línea prohibida e hicieron el amor.

Ella lo seguía cautivando y alimentaba un fuego que Rafiq creyó que el tiempo, los errores y los remordimientos habrían extinguido. Quería sentarse a su lado, y no solo eso. Pero ella le había prohibido volver a besarla, por lo que se limitó a contemplarla de lejos.

Maysa suspiró.

–Me encantan las noches de verano.

A él le encantaba el sonido de su voz.

–Has perdido casi todo el acento.

–La culpa la tiene el tiempo que pasé en Estados Unidos –afirmo ella sonriendo.

–¿Sigues hablando nuestra lengua materna?

–Por supuesto. Tengo que comunicarme con mis pacientes.

–¿Por qué volviste a Bajul a ejercer sabiendo cómo te tratarían después del divorcio?

–Bajul es mi hogar y, como Boutros ya no vive aquí, me pareció que lo lógico era regresar. También echaba de menos el ritmo lento y la vida tranquila de aquí.

–No pareces muy tranquila esta noche. ¿Te preocupa algo?

Ella se removió en el asiento y lo miró a los ojos.

–Sí, me preocupa la falta de atención sanitaria de los pobres de

Bajul.

–Me han dicho que eres una excelente doctora, por lo que estarán recibiendo la mejor atención.

–Pero soy solo yo. Otros médicos podrían ayudar, pero se niegan y solo atienden a quienes pueden pagarles.

Entendía su frustración, pero no podía ayudarla.

–No puedo obligarlos a trabajar gratis.

–Pero podrías encargarte de que los licenciados más recientes vinieran a echar una mano.

Él se recostó en el asiento y dejó el vaso con zumo de mango en la mesa que había a su lado.

–¿Y cómo propones que lo haga?

–Ofreciéndoles becas pagadas por el gobierno.

–Los fondos de que disponemos están destinados a la conservación del agua. No tenemos superávit para dedicarlo a otra cosa.

–Pues vende uno de los aviones militares que Adan ha adquirido recientemente. Tenéis más que de sobra para un país del tamaño de Bajul.

–Reflexionaré sobre ello.

Observó que los ojos de ella brillaban de ira.

–Maysa, solo soy una voz en el consejo.

–Eres la voz suprema, por ser el rey. Tienes la última palabra.

Tenía menos poder de lo que ella creía.

–Debo hacer lo que dicta la mayoría para mantener la paz.

–¿A expensas de tu pueblo?

–Te repito que tendré en cuenta lo que me has dicho y lo presentaré ante el consejo cuando se vaya a preparar el próximo presupuesto.

Ella estiró las piernas, puso los pies en el suelo y lo fulminó con la mirada.

–Faltan cinco meses para eso. Habrá muerto mucha gente para entonces: niños, ancianos, parturientas...

–Veré qué puedo hacer, pero no te prometo nada.

–Supongo que, de momento, tendré que conformarme con eso –afirmó ella, más relajada.

Rafiq alzó un hombro un par de veces antes de volver a recostarse. El leve dolor de una herida de juventud no había desaparecido.

–¿Te sigue molestando el hombro que te fracturaste en aquella estúpida pelea con Aakif Nejem?

–Nos peleamos por ti –sonrió–. Yo acabé con los ojos morados y

una herida en el labio. Hubiera salido ileso de no haber caído sobre la verja de hierro.

Maysa sonrió a su vez.

–La verja por la que acabas de entrar, que mi padre puso para impedir el paso a pretendientes inoportunos.

–Pero no fue suficiente para alejarme de ti esa noche.

Se produjo un breve silencio mientras se miraban con complicidad, con la misma con la que lo habían hecho cuando él la había tumbado en la cama, solo cubierta por la oscuridad.

Maysa rompió el contacto visual.

–Eso fue hace mucho tiempo. Éramos jóvenes y alocados.

–Estábamos consumidos el uno por el otro.

–Consumidos por la lujuria, querrás decir.

Si solo hubiera habido deseo, él habría olvidado aquella noche y también a ella.

–¿Te has parado a pensar lo que hubiera ocurrido si tu padre nos hubiera descubierto?

–¿Nos hubiera obligado a casarnos? –Maysa negó con la cabeza–. No, me hubiera apartado de ti.

Eso era exactamente lo que había pasado, ya que el sultán la había mandado a la cama de otro hombre, de uno que no la merecía.

Maysa bostezó y se estiró.

–Voy a acostarme. Tengo que hacer varias visitas en el pueblo, mañana temprano.

Él trató de que se quedara un poco más, por lo que volvió al tema causante de que hubieran empezado a hablar del pasado.

–¿Me examinas el hombro antes de retirarte?

–¿Y qué iba a conseguir haciéndolo?

La tendría cerca, al menos momentáneamente.

–Me gustaría saber tu opinión sobre esta protuberancia –dijo él tocándose donde más le dolía– para que me aconsejes si debo hacer que la examinen más a fondo.

Ella se levantó suspirando.

–Inclínate hacia delante.

Le puso la mano en el hombro para examinárselo. Presionó en un punto y él hizo una mueca.

–¿Te duele?

–Un poco –más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

–Es el músculo deltoides –observó ella mientras seguía masajeándoselo–. Lo tienes muy tenso.

La tensión debajo de su bragueta comenzó a incrementarse con

cada caricia de sus dedos.

–Tal vez sea producto del estrés.

–Tal vez, pero no puedo decírtelo sin una radiografía. Probablemente te vendrá bien la fisioterapia.

La terapia que ella le ofrecía en ese momento le aliviaba el dolor, pero no podía decir lo mismo de su libido. Y cuando ella se inclinó y le presionó más, él le puso automáticamente la mano en el muslo, por encima de la rodilla, y comenzó a trazar pequeños círculos con el pulgar sobre la fina tela.

Ella se quedó inmóvil.

–¿Qué haces?

–Nada.

–Dijimos que nada de caricias.

Él subió la mano un poco más.

–Dijiste que nada de besos.

–Regla número dos: nada de caricias.

A pesar de sus palabras, él no retiró la mano ni ella se la quitó.

–Pero tú me has tocado –afirmó él.

–Como médico.

–Y yo he reaccionado como un hombre cuando lo toca una mujer.

–Por eso, ahora debo irme.

Rafiq pensó que lo haría, pero ella siguió a su lado, con las manos en los hombros masculinos. Él irguió la espalda para acercar su rostro al de ella. Se miraron a los ojos. Rafiq vio que los de ella reflejaban indecisión y una chispa de deseo.

Entonces, Maysa hizo algo que él no se esperaba: rompió la primera regla.

Capítulo Tres

Maysa se había vuelto loca, pero le daba igual. Lo único que en ese momento le importaba era la boca de Rafiq contra la suya y la impresión que él le causaba con el suave deslizamiento de la lengua.

En algún momento, aunque no sabía cuándo ni cómo, se habían abrazado. Una molesta voz interior le exigió que se detuviera cuando aún estaba a tiempo, pero no le hizo caso. Quería que la besaran con delicadeza, sin ejercer violencia. Quería recordar lo que se sentía al ser deseada en vez de ser el objeto de una lujuria brutal.

Sin embargo, en su mente se agolpaban todas las razones para no hacer lo que estaba llevando a cabo. Ella solo podía ser para Rafiq un medio para conseguir un fin: una fuente de consuelo, una diversión temporal. Además, ella le ocultaba un secreto que lo destruiría emocionalmente y arruinaría la reputación de Maysa.

De todos modos, cuando él le agarró un seno, ella se concentró en lo que sentía. Rafiq le rodeó el pezón con la punta del dedo. Cuando fue descendiendo por su garganta besándola suavemente y le bajó la hombrera del vestido, a Maysa le asaltó una avalancha de recuerdos amargos que automáticamente le puso tensa. Rafiq reaccionó ante ese cambio levantándose bruscamente del sofá. Se alejó de ella y se detuvo en medio del patio, dándole la espalda.

–Lo siento –murmuró Maysa mientras se colocaba la ropa–. No sé lo que me ha pasado. No deberíamos hacer esto.

Rafiq se volvió para mirarla.

–Yo no lo siento, y estoy convencido de que volverá a suceder.

También lo estaba ella, a menos que le revelara los motivos de su rechazo.

–Tendremos que evitar situaciones como esta. Cada noche, después de cenar, volveré a mis aposentos y tú a los tuyos. También nos mantendremos a distancia de día.

–Y me pasaré la noche despierto imaginándome que te acaricio con las manos y la boca como no lo hice cuando éramos más jóvenes. Soñaré con cómo me sentiría estando dentro de ti. Y cuando te vea, desearé hacerlo realidad.

El deseo volvió a apoderarse de Maysa.

–Entonces será mejor que busques otro lugar para descansar.

–No quiero estar en ningún otro sitio.

–Entonces, tendrás que contentarte únicamente con la imaginación.

–O podemos decidir que no queremos luchar contra nuestros deseos. Si volviéramos a ser amantes, nadie se enteraría.

Qué fácil sería aceptar, y qué estúpido.

–Lo sabría yo. No podría haber nada entre nosotros salvo un placer físico temporal. Eres el rey y yo soy una mujer a la que la mayoría considera inadecuada para estar en tu compañía, y no digamos para ser tu amante.

–Podemos ser discretos y disfrutar el uno del otro el tiempo que tengamos.

Que no le dijera que no era inadecuada para él la dejó helada. Se puso de pie con los puños cerrados y las uñas clavándosele en las palmas.

–Ya he sido la prostituta de un hombre, Rafiq, y no estoy dispuesta a ser la de otro.

–Soy prisionero de la tradición y las buenas costumbres, Maysa, al igual que tú. Eso no significa que te considere mi prostituta.

–Sí, eso es exactamente lo que sería para ti: una mujer inadecuada para ser la reina, pero con la que en la cama puedes hacer lo que se te antoje y satisfaga tus necesidades sin recibir nada a cambio, como pasaba con Boutros.

Ella creyó que Rafiq se enfadaría, pero solo se mostró preocupado.

–¿Qué te hacía Boutros?

–Esto no tiene nada que ver con él –lo cual solo era verdad en parte– sino con nosotros. Desde que nos separamos, he aprendido a respetarme a mí misma. No soy la colegiala que lo hubiera dado todo por ti sabiendo que no teníamos futuro.

–¿Qué quieres que te diga, Maysa?

Que les diría a los ancianos del consejo que se fueran al diablo; que ella era una compañera adecuada por su inteligencia y sus habilidades, no por su pasado; que él haría un esfuerzo para cambiar las leyes arcaicas que regían el papel de la mujer.

–Nada, Rafiq, ya lo has dicho todo.

Cuando ella se dio la vuelta para retirarse, él le dijo:

–Preferiría morir antes que volver a hacerte daño.

–Entonces, no me lo hagas. Sé mi amigo.

–Lo soy –afirmó él acercándose lentamente–. Eso no ha cambiado a pesar de la distancia entre nosotros.

Ante el temor de volver a caer en sus brazos, Maysa se apresuró

a volver a sus aposentos. Una vez en la cama, se imaginó lo que sería volver a hacer el amor con él. Pero la realidad era que había invitado a Rafiq por un motivo, y al día siguiente comenzaría a poner en práctica su plan, un plan que le ofrecería al oportunidad de educar al rey, que lo era también de su corazón.

Rafiq, sin camisa, se hallaba frente a la ventana del balcón y Maysa lo vio desde la puerta entreabierta. Sus fuertes hombros demostraban que seguía en forma. La columna vertebral se le marcaba hasta la cintura del pijama. Y, más abajo, sus nalgas invitaban a tocarlas. Pero ella no lo haría. Tenía asuntos más urgentes de qué ocuparse, siempre que él estuviera dispuesto a cooperar.

Entró sigilosamente en la habitación con varias prendas en el brazo.

–¿Has dormido bien?

Él se volvió hacia ella y le sonrió.

–He dormido todo lo bien que cabía esperar en una cama que no es la mía, solo y sabiendo que una mujer deseable estaba muy cerca.

Ella no podía apartar la vista del vello que le bajaba desde el ombligo. Era evidente que Rafiq estaba muy contento de verla, desde el punto de vista anatómico.

–Bueno –dijo ella obligándose a mirarlo a los ojos –espero que hayas descansado bien, porque tengo planes para hoy.

–¿Qué planes?

–Voy a ir a la región de Diya y quiero que vengas conmigo.

–Son dos horas de viaje.

–Sí, lo hago los miércoles para atender a los criadores de ovejas y a sus familias. Hoy es miércoles.

–¿Por qué quieres que te acompañe.

–Porque me parece importante que comiences a entender los problemas sanitarios a los que se enfrenta el país.

–La gente de Diya nunca ha apoyado a mi padre. Se nos ha informado de la posible existencia de campos de guerrilleros allí.

–Tal vez no les gustara que tu padre no les prestara atención. Tú podrías hacerlos cambiar de idea.

–¿Hay cobertura allí para los teléfonos móviles?

–No. Los lugareños tienen un servicio de telefonía fija desde hace muy poco, y muchos carecen de electricidad y agua.

–Si te acompaño necesitaré un contingente de guardias que nos

proteja en el caso de que me reconozcan.

–No lo harán si te disfrazas –le dio una camisa militar verde y unos pantalones de trabajo–. Si te lo pones y llevas gafas de sol, nadie se dará cuenta de quién eres.

–Dudo que un cambio de vestimenta sirva para ocultarme.

–Bastará con que además te afeites y te pongas las gafas.

Él se echó a reír.

–No tengo intención de afeitarme.

–La perilla te volverá a crecer.

–¿Tan importante es que te acompañe?

–Sí, y debería serlo también para ti. El buen gobernante conoce a su pueblo, sobre todo a los niños y a los menos afortunados.

–De acuerdo, lo haré por ti, pero sigo creyendo que es necesario que llevemos un guardia.

–No hace falta. He recorrido la zona muchas veces sin tener problema alguno. Además, llevo un arma por si la necesito.

–¿Sabes usarla? –preguntó él sonriendo.

Ella le devolvió la sonrisa.

–Por supuesto. Así que, estate tranquilo, mientras estés conmigo, tu real cuerpo estará a salvo.

–¿Estás dispuesta a tomar mi real cuerpo en tus manos?

–Sin hacer caso de la indirecta, ella le señaló la ropa.

—Vístete. Te espero en la puerta trasera de la casa.

–Conduciré yo.

–De ninguna manera –dijo ella, después de lo cual, salió de la habitación para prepararse para el viaje, que resultó ser toda una aventura.

Rafiq sabía que Maysa tenía espíritu aventurero y que corría riesgos a los que otras mujeres no se enfrentarían. Sin embargo, nunca la había visto vestida como en aquel momento, con una blusa blanca de manga larga bajo una bata de laboratorio, pantalones caqui y botas robustas. La ausencia de maquillaje no disminuía su belleza natural.

Mientras él estaba cada vez más a disgusto, ella parecía sentirse muy cómoda al volante del Hummer y conducía con facilidad por el accidentado terreno. Él, por el contrario, sudaba debido al sol de agosto y a que era incapaz de apartar la mirada de ella. Desde la noche anterior no dejaba de pensar en el beso que Maysa le había dado y en lo que le gustaría hacer con ella, pero también en su rechazo cuando la había acariciado.

–¿Cuánto falta?

–Casi hemos llegado. Es al otro lado de la montaña.

Cuando llegaron al primitivo poblado, ella detuvo el coche frente a una gran tienda de lona, en cuya entrada se habían reunido varias personas.

Bajó del coche mientras Rafiq permanecía sentado observando la relación entre la doctora y los habitantes del lugar. Hombres, mujeres y niños la saludaron a gritos, sonriendo.

Al cabo de un rato, Maysa consiguió abrirse camino hasta la puerta del copiloto para decirle en voz baja:

–No te quites las gafas de sol bajo ningún concepto. Voy a decirles que eres de Estados Unidos y que no hablas árabe. Lo mejor será que no digas nada.

–Si es lo que quieres...

–Por cierto, me gustas más afeitado –añadió ella con una sonrisa.

–Me volveré a dejar crecer la perilla en cuanto acabe esta aventura.

Ella se sacó el estereoscopio del bolsillo de la bata y se lo colgó del cuello.

–Haz lo que quieras, pero besar a un hombre con barba no siempre es agradable. Te lo dice una mujer.

Rafiq bajó del coche y se reunió con Maysa en la parte de atrás para transportar un enorme cajón con provisiones al interior de la tienda mientras ella llevaba su maletín médico. Ella le indicó que se sentara en una esquina y se llevó el dedo a los labios. Después comenzó a trabajar con eficiencia y velocidad. De vez en cuando lanzaba advertencias a los niños y daba consejo a sus madres.

Al verla suministrar sus expertos cuidados se sintió orgulloso, aunque no tenía derecho a hacerlo. No había tratado de disuadirla de que estudiase Medicina, pero tampoco la había animado, ya que había creído que abandonaría sus sueños para ser la esposa de un sultán. Sin embargo, ella había desafiado valientemente las convenciones y tradiciones, pero a un elevado precio. Aunque tal vez estuviera llevando la vida que deseaba, de la que él no formaba parte.

Un revuelo en la puerta de la tienda atrajo su atención. Un joven se abrió camino a codazos gritando. Rafiq corrió al lado de Maysa, pero esta le indicó con la mirada que se calmara y habló con el joven en voz baja.

Rafiq no pudo oír al conversación, pero entendió la gravedad de la situación al observar la expresión preocupada de Maysa. Esta se

dirigió a la mujer que la ayudaba y le dijo que continuara atendiendo a la gente mientras ella volvía. Después hizo un gesto a Rafiq para que fuera con ella. Cuando subieron al coche siguieron a una camioneta hacia las montañas.

–¿Adónde vamos? –preguntó él.

–A atender a una parturienta que tiene dificultades para dar a luz.

–¿Es su primer hijo?

–El cuarto, y eso es lo que me preocupa.

Ella detuvo el coche frente a una choza de tierra, agarró el maletín y se plantó en la puerta antes de que él hubiera tenido tiempo de desmontar. Rafiq se apresuró a seguirla al interior y la vio desaparecer por una puerta. Tres niños sentados lo miraban con miedo. La mayor no podía tener más de seis años; el mediano, cuatro; y el pequeño, dos. Como no vio al padre, supuso que estaría con su esposa.

La mayor se levantó y se le acercó. A pesar de la insistencia de Maysa en que no hablara, tenía que saber lo que quería la niña.

–¿Cómo te llamas? –le pregunto en árabe.

–Aini.

Rafiq recordó que Elena le había dicho que lo único que quiere un niño es estar alimentado y vestido y sentirse a salvo. Aini estaba vestida, no parecía desnutrida, pero se imaginó que no se sentiría segura en aquel momento.

Por eso comenzó a contarle un cuento de una oveja que busca a su madre, una historia que su madre le contaba. Los otros dos niños se acercaron a escuchar. Rafiq sintió la imperiosa necesidad de protegerlos, de ofrecerles la seguridad que no había podido dar a su hijo no nacido.

De la habitación de al lado comenzaron a llegar gemidos. Rafiq se sentó en un sofá e indicó a los críos que se sentaran a su lado al tiempo que se ponía al más pequeño en el regazo. No podía imaginarse lo que sentirían los niños al escuchar el sufrimiento de su madre.

Maysa apareció con el bebé en los brazos. A Rafiq le pareció lo más natural del mundo verla así y, por un momento, se imaginó que era a su hijo a quien tenía en brazos.

–Aquí está vuestro hermano pequeño –dijo ella a los niños en árabe. Después añadió en inglés–: El bebé venía de nalgas. La madre ha perdido mucha sangre y tiene que ir al hospital.

Rafiq dejó al niño sentado en su regazo en el suelo y se levantó.

–¿Corre peligro?

–Sí.
–¿Cuánto tiempo le queda?
–Me temo que no lo suficiente para sobrevivir al trayecto de dos horas en coche, pero no hay alternativa.
–¿Hay aquí teléfono?
Maysa le señaló uno que colgaba de la pared.
–No estoy segura de que funcione.
Por suerte, funcionaba, aunque Rafiq solo consiguió comunicarse con palacio tras varios intentos, y empleó algunos más en convencer al personal de que era el rey. Por fin, le pasaron con su hermano.
–Adan, necesito tu ayuda de forma inmediata.
–¿Estás en la cama con Maysa y no sabes qué hay que hacer?
–Necesito que mandes ahora mismo un helicóptero con personal sanitario a Diya. Tiene que estar aquí en menos de un cuarto de hora. La vida de una mujer corre peligro y hay que llevarla urgentemente al hospital.
–Haré lo que pueda, pero me das muy poco tiempo.
–Harás exactamente lo que te he dicho, y date prisa.
–Cálmate. El helicóptero estará allí dentro de diez minutos aunque tenga que pilotarlo yo mismo.
–Confío en ti, Adan.
Después de colgar, Rafiq notó que el corazón le latía de forma desbocada. Había hecho todo lo posible y esperaba que fuera suficiente. No había podido salvar a su esposa, pero tal vez salvara a aquella mujer.

Después de atender al último paciente en la tienda, Maysa no recordaba haberse sentido tan impotente en su vida. Unas horas antes había visto marcharse el helicóptero. Ella tuvo que quedarse, ya que solo había sitio para el marido.
–Debería haberme marchado al hospital.
Rafiq se le acercó por detrás y le puso las manos en los hombros.
–Está en buenas manos. Estoy seguro de que todo saldrá bien.
–Eso espero. No me imagino cómo se sentirá el marido si pierde a su esposa y, además, tiene que criar a cuatro hijos. A ver si tenemos noticias pronto.
–Adan me ha dicho que hallará el modo de hacérnoslas llegar cuando las haya.
Maysa estaba muy agradecida a Rafiq por su ayuda. Se volvió hacia él con una sonrisa y le entregó el maletín.
–Mételo en el coche, por favor. Podemos marcharnos.

–No podemos.
Maysa no se tenía en pie del cansancio.
–¿Para qué vamos a quedarnos más?
–Me he enterado de que los lugareños han organizado un festín en honor de la doctora y de su amigo americano.
–Entonces no llegaremos a casa hasta medianoche.
–No has comido nada en todo el día.
–He tomado un poco de pan y queso.
–¿Vas a hacer un desprecio a quienes han preparado una buena cena en tu honor?
–Yo, en tu lugar, no lo haría –dijo una voz a sus espaldas antes de que ella pudiera responder.
Maysa se volvió. El recién llegado era un hombre alto, desgarbado, rubio y barbudo, a quien ella llevaba tiempo sin ver.
–Qué alegría me da verte, Jerome –dijo abrazándolo.
–Yo también me alegro de verte, Maysa. Ha pasado casi un mes.
–Más. Creí que habías vuelto a Canadá.
–Lo hice, pero no me quedé. Después de haber viajado un poco, estoy de vuelta para acabar el trabajo.
Rafiq carraspeó y ella hizo las presentaciones.
–Jerome Forte, y él es... Rafe.
Jerome sonrió.
–No, es Rafiq Mehdi, rey de Bajul.
Maysa tendría que haberse dado cuenta de que no podía ocultárselo a un fotógrafo.
–Así es, pero preferiría que no se lo dijeras a nadie.
–Puedes contar con mi total discreción –afirmó Jerome que, seguidamente, se dirigió a Rafiq–. –Es un honor conocerlo, majestad.
Se estrecharon la mano.
–¿Qué le trae por aquí, señor Forte?
–Llámeme Jerome, por favor –le rodeó la cintura a Maysa con el brazo–. Estoy haciendo fotos de la zona para una revista internacional. Maysa me sugirió este lugar y, además, su intervención fue decisiva para convencer a los habitantes de que me dejaran hacerles fotos.
–¿Sólo le ha ayudado en eso? –preguntó Rafiq, que parecía a punto de darle un puñetazo.
Maysa se apartó de Jerome con el ceño fruncido.
–Sí, eso es todo. Hace años que somos amigos.
–En efecto –dijo Jerome sonriéndole–. He echado de menos muestras conversaciones.

–Debemos decidir si nos vamos o nos quedamos –observó Rafiq–. Si quieres marcharte, debemos hacerlo ya –de pronto le habían entrado prisas por marcharse.

–Será mejor que nos quedemos un rato –afirmó Maysa. Tienes razón: no quiero parecer desagradecida.

Rafiq la tomó del brazo.

–Si nos disculpa, señor Forte, tenemos que acudir a un festejo.

–Yo también. La fiesta se celebra a una manzana de aquí. Podemos ir andando.

Al ver la mirada de desaprobación que le dirigió Rafiq, Maysa se inquietó ante la posibilidad de que hubiera problemas. No le gustaría tener que intervenir, pero lo haría porque detestaba cualquier tipo de machismo.

–Entonces, vámonos antes de que el sol se haya acabado de poner.

Juntos recorrieron las calles del pueblo. Maysa iba en medio de los dos hombres. Rafiq se mantuvo en silencio mientras Jerome hablaba por los codos de su reciente viaje a Túnez.

Varias hogueras ardían en la zona, y en ellas se cocinaba la cena. Mientras se abrían paso entre la multitud, Maysa contestaba a todos los saludos. Jerome y Rafiq destacaban por sus ropas occidentales, pero nadie parecía fijarse en ellos, salvo un grupo de mujeres jóvenes que había a un lado de la mesa del banquete y que se rieron llevándose la mano a la boca cuando los hombres fueron a llenar el plato.

Maysa le susurró a Rafiq:

–Estás causando impresión en la población femenina. Tal vez encuentres una esposa adecuada.

–Puede que tú hayas encontrado un amante adecuado en tu amigo canadiense.

Los celos de él le hicieron gracia.

–Ya te he dicho que Jerome solo es un amigo.

Mientras se servía, él añadió:

–Él querría ser más.

–No seas ridículo. Mira a tu izquierda y verás que está con una chica.

Rafiq miró en la dirección indicada. Jerome estaba cerca de una hoguera hablando con una joven que, agarrada de su brazo, parecía estar pendiente de cada una de sus palabras.

–Parece una adolescente –observó Rafiq.

–Creo que es mayor de edad y que a Jerome le gusta. Los he visto juntos antes.

–¿Sus padres aprueban su relación con un extranjero?

–Ni lo sé ni me interesa –dijo ella tras lanzar un suspiro–. Vamos a comer para marcharnos lo antes posible.

Se acercaron a una hoguera y se sentaron en el suelo. Cenaron en silencio y, después, unos hombres ejecutaron un baile en su honor que duró una eternidad.

Cuando finalizaron los aplausos, Maysa estaba a punto de quedarse dormida.

–Vámonos ya o tendré que dejarte conducir.

Rafiq miró el reloj.

–Es tarde. Debiéramos quedarnos a pasar la noche.

–Por lo que sé, en Diya no hay hoteles.

–¿No hay alguna familia que pueda alojarnos?

–Majestad, pueden utilizar mi tienda.

Jerome volvió a interrumpirles tras haberse acercado a ellos sin que se dieran cuenta.

–¿Y dónde vas a dormir tú? –preguntó Maysa, aunque ya sabía la respuesta.

–Ya tengo donde dormir –respondió Jerome sonriendo.

–Te agradezco el ofrecimiento pero, si no recuerdo mal, tu tienda no es muy grande.

–Claro que es grande. Caben tres personas si duermen juntas en el suelo. Hay un saco de dormir que lo cubre y otro por si lo necesitáis. Es una tienda muy cómoda.

–No creo que... –dijo Maysa.

–Me parece que valdrá para esta noche –la interrumpió Rafiq–. Te agradecemos tu generosidad y la aceptamos.

–Yo no la acepto. Puedo conducir perfectamente.

–Está agotada –afirmó Rafiq–. Y yo también. Madrugaremos y volveremos descansados.

Ella dudó que fuera a pegar ojo con Rafiq al lado.

–No creo que haga falta, de verdad.

–Creo que su majestad tiene razón, Maysa –apuntó Jerome–. No hay necesidad de que os apresuréis cuando tenéis una tienda a vuestra disposición. Está donde siempre, por lo que no tendrás problemas para encontrarla.

Tras esas palabras, Jerome tomó de la mano a la joven y desapareció en la oscuridad.

–No estoy segura de que sea prudente pasar la noche juntos en una tienda.

–Y yo no creo que lo sea conducir durante horas cuando estás agotada.

Ella decidió no discutir, en parte debido al cansancio.

–Muy bien, duerme tú en la tienda y yo lo haré en el coche.

–Nadie va a dormir en el coche, Maysa. Ya somos mayorcitos y te juro que me controlaré, si eso es lo que te preocupa.

–¿Me prometes que te quedarás en tu lado de la tienda?

Rafiq levantó la mano como si fuera a prestar juramento.

–Te prometo que seré el caballero que Elena me enseño a ser.

¿Podía ella fiarse de que le hubiera dicho la verdad? Por supuesto. Mantendrían las distancias y a la mañana siguiente volverían sin tener nada que lamentar.

–De acuerdo, dormiremos en la tienda.

Y esperaba sinceramente que fuera lo bastante grande para los dos.

Capítulo Cuatro

La tienda era mucho más grande de lo que Rafiq había pensado, y no era una tienda en el sentido literal del término, sino un armazón de madera cubierto de lona en el que él cabía de pie. Pero era muy pequeño para alguien que deseaba ardientemente a la mujer con la que iba a compartirlo.

Mientras él se sentaba en el suelo para quitarse las botas, Maysa se lavó la cara en una palangana situada en una mesita en un rincón. Se había quitado la blusa, debajo de la cual llevaba una camiseta ajustada y sin mangas. Mientras él la miraba, se quitó la goma que le sujetaba la trenza, se la deshizo y sacudió la cabeza. La melena le cayó por la espalda hasta llegarle a la cintura.

Él recordó sus cabellos cayendo encima de él y rozándole la piel desnuda. ¿Cuántas noches se había imaginado que le volvía a suceder? Innumerables. Y cuando le hacía el amor a Rima, con frecuencia era en Maysa en quien pensaba y ella la que alimentaba sus fantasías, un vergonzoso secreto que se llevaría a la tumba.

Maysa se volvió y estiró los brazos por encima de la cabeza. La camiseta se le ajustó más al cuerpo y él observó que no llevaba sujetador.

–Gracias por todo lo que has hecho hoy. Y no te olvides de agradecerle a Adan que nos haya informado de que la madre y su hijo están bien –dijo ella mientras se cepillaba el pelo.

–Ha sido en parte gracias a ti.

–Me he limitado a hacer mi trabajo.

Él se quitó la camisa. En cuanto apagaran la luz se quitaría también los pantalones para estar cómodo. Si ella se ofendía, que se ofendiese. Al fin y al cabo, dormirían a un metro de distancia el uno del otro. Pero la distancia no evitaría que fantaseara.

Aunque no fuera sensato, seguía deseándola. Y lo seguiría haciendo cuando se separaran. Pero la forma en que ella había reaccionado la noche anterior cuando la había acariciado indicaba que no lo deseaba, o no tanto.

Maysa se tumbó sobre las mantas y cruzó las piernas.

–¿Estás cansado?

Dormir era lo último en lo que pensaba teniendo a Maysa tan cerca.

–Aunque parezca mentira, no lo estoy.
–Yo tampoco. Podemos hablar.
Él se puso de lado y dobló el brazo para apoyar la cabeza en la mano.
–¿De qué quieres hablar?
–De tu relación con Rima.
–Fue mi esposa corto tiempo. Es todo lo que puedo decir.
–En realidad, de eso quería hablar. ¿Por qué esperaste tanto para casarte?
Por muchos motivos, pero decidió no decirle uno de ellos: que esperaba que Rima se cansara de esperar.
–Fui a la universidad y, cuando volví, tuve que ayudar a mi padre, ya que Zain se había ido a Estados Unidos y no sabíamos cuándo regresaría, ni siquiera si lo haría.
–Eso es una justificación para un hombre, pero no entiendo por qué Rima accedió a retrasar la boda.
Rima no lo había presionado para fijar una fecha y él la había fijado porque era lo que se esperaba que hiciera.
–Estuvo viajando y cuando su padre murió pasó mucho tiempo con su madre. No teníamos prisa.
–Es evidente. Tardaste quince años en anunciarlo oficialmente.
Quince años no habían sido bastantes, en muchos sentidos.
–Entiendo que te sorprenda mi decisión, puesto que tú te casaste con Boutros inmediatamente después de comprometeros.
–No tuve elección. Mi padre me exigió que me casara enseguida. Boutros ya tenía una edad y quería un heredero.
–Que no le diste.
–Afortunadamente.
Maysa comenzó a frotarse la muñeca derecha y él observó que tenía una cicatriz en forma de círculo. La noche anterior, ella llevaba pulseras que la ocultaban. Rafiq quiso saber la causa.
Se sentó y la tomó de la mano.
–¿Qué es esto?
–Nada –dijo ella soltándose.
–Quítate el reloj.
–No.
–Entonces, te lo quitaré yo.
Ella no se movió mientras se lo desabrochaba. Y Rafiq descubrió la verdad cuando halló otra cicatriz circular.
Se tragó la ira y preguntó:
–¿Te ataba, Maysa?
–Rafiq, yo...

–¿Te ataba ese canalla?

–¡Sí! –respondió ella con furia–. Me ataba porque se cansó de que me defendiera de él.

Él apretó los dientes.

–¿Te forzaba?

–Sí, y también me hacía esto –se dio la vuelta y se levantó la camiseta. Tenía la espalda lacerada–. Me pegaba para que me sometiera a él y cuando no lo conseguía me ataba.

Incapaz de quedarse quieto, Rafiq comenzó a caminar por la tienda. Deseaba tener una pared sólida para descargar su ira.

–Lo mataré con mis propias manos.

Maysa se echó a reír.

–Llegas tarde. He oído que le está fallando el corazón, aunque me sorprende que lo tenga.

–¿No se lo contaste a tu padre?

–Sí, y me dijo que para ser una buena esposa debía obedecerle. Shamil lo apoyó.

–¿Y tu madre?

–Siempre salía de la habitación, sobre todo para ocultar las lágrimas. Pero yo no lloraba porque no estaba dispuesta a mostrarme débil delante de ellos y, sobre todo, delante de Boutros.

–Pero sufriste por ser tan fuerte.

Ella alzó la barbilla y lo miró desafiante.

–Recurrí a esa fuerza la noche que lo abandoné.

–¿Cómo conseguiste escapar?

–Estábamos en su casa, en Omán. Él se había ido con una de sus muchas amantes. Forcé la cerradura de su escritorio, le robé varios miles de *riyales* y tomé un avión para Canadá. En el avión conocí a Jerome. Me ayudó a buscar un alojamiento temporal. También me buscó un trabajo de camarera y, cuando hube ahorrado lo suficiente, me fui a Estados Unidos y comencé a estudiar.

Su capacidad de recuperación dejó asombrado a Rafiq.

–¿Tu padre no te ayudó económicamente?

–Claro que no. Estaba furioso. Mi madre me mandaba dinero cuando podía, lo que me permitió contratar a un abogado para el divorcio. Y el resto es cosa sabida.

Él le puso la mano en la cara.

–Debiste haberme pedido ayuda.

–¿Por qué? Te despediste definitivamente de mí después de la noche que pasamos juntos. ¿Acaso lo has olvidado?

La amargura de su tono le obligó a bajar la mano.

–No he olvidado esa noche.

–Me dijiste que seguiríamos siendo amigos, pero no volvimos a hablar.

–Nos prohibieron vernos.

–Nos lo prohibieron después de tu compromiso oficial con Rima, pero eso no te impidió quitarme la virginidad.

–Viniste a mí por propia voluntad esa noche.

–Sí, y no lo lamento –afirmó ella bajando la cabeza–. Solo lamento...

Él le levantó la barbilla para que lo mirara.

–¿El qué?

–Que solo lo hiciéramos una vez, aunque fue suficiente para darme fuerzas durante esas noches terribles con Boutros. Cerraba los ojos y revivía esa noche. Y recordaba que lo que compartimos fue bueno y puro. Esos recuerdos me ayudaron a soportar el dolor y las secuelas que todavía sufro.

–Yo hacía lo mismo con Rima –confesó él–. Ella se me entregaba voluntariamente y siempre la traté con cariño y respeto. Pero tenía la sensación de que sus pensamientos estaban en otra parte. Tal vez pensara en otra persona, como lo hacía yo, que siempre pensaba en ti.

–¿Y con las mujeres con las que estuviste antes de casarte?

–Siempre me imaginaba que eras tú. ¿Y con los hombres después de Boutros?

–No ha habido más hombres.

–¿Ninguno?

–No. El beso que me diste la otra noche fue el primero desde que dejé a mi esposo. Creí que era inmune al deseo, pero me has demostrado que no es así. Aunque cuando me acariciaste me di cuenta de que tengo asuntos sin resolver.

–Entiendo que te sintieras así, pero creí que el paso del tiempo te habría curado las heridas.

–Las guardias que hice en urgencias me recordaban continuamente lo que había sufrido. Atendía a mujeres que habían pasado por lo mismo que yo y comencé a darme cuenta de que la violencia doméstica existe en todas las culturas. Algunas mujeres se niegan a reconocerla porque creen que una buena esposa no debe darse por vencida. Por suerte, yo fui inteligente y me marché.

Él volvió a tomarla de la mano y le besó la palma.

–Fuiste valiente y lo sigues siendo, más valiente que muchos hombres.

Rafiq vio que se le empañaban los ojos, pero ella parpadeó varias veces con fuerza para no llorar.

–Ningún hombre volverá a desearme.

«Yo te deseo», pensó él.

–Eres una mujer hermosa. Cualquier hombre se consideraría afortunado de tenerte.

–Pues no voy a darles la oportunidad, pero tengo que pedirte un favor.

–Lo que quieras.

–¿Me abrazarás esta noche?

–Si es lo que deseas.

–Pero ¿puedes abrazarme sin desear nada más?

Podía mentirle o ser sincero, que era lo que ella se merecía.

–Mentiría si te dijera que no quiero volver a hacer el amor contigo. Pero haré lo que me pides y me contentaré con tenerte en mis brazos mientras dormimos. ¿Apago el farol?

–Preferiría dejarlo encendido.

–Pues así será.

Ella se tumbó y le sonrió.

–Entonces, invitó cordialmente a su majestad a pasar una noche de celibato conmigo.

–Acepto su invitación, doctora –dijo él devolviéndole la sonrisa – con tal de que no me robe las mantas.

–Lo intentaré.

Cuando se giró hacia él, Rafiq los tapó a los dos y pasó el brazo por debajo de ella. Decidió quedarse vestido de cintura para abajo, al menos hasta estar seguro de que ella se hubiera dormido. Después se quitaría los pantalones, y esperaba que ella no lo notara.

Mientras aspiraba el aroma a flores de su pelo y sentía su cálido cuerpo pegado al de él, pensó que aquello iba a ser una tortura.

En algún momento de la noche, el sonido de una respiración profunda despertó a Maysa de un sueño intranquilo. Tardó unos segundos en despertarse del todo, se dio la vuelta y vio que Rafiq dormía tumbado boca arriba. La luz había comenzado a atenuarse, pero le iluminaba el torso desnudo. Hacía años que la anatomía humana formaba parte de la vida cotidiana de Maysa, pero eso no la había inmunizado de la presencia de especímenes de físico excelente, y el rey entraba dentro de esa categoría.

Tenía el brazo derecho doblado por debajo de la cabeza y el izquierdo estirado a lo largo del cuerpo. Sus labios estaban cerrados y comenzaba a apuntarle la barba.

Maysa continuó el examen bajando por la garganta hasta los

prominentes pectorales, que indicaban que seguía haciendo pesas, hábito que había adquirido en su juventud mientras sus hermanos se dedicaban a perseguir a las mujeres. Había sido un estudiante serio, deseoso de ganarse el respeto de su padre y de parecerse a él. Pero ella había conocido a otro Rafiq, el que le susurraba palabras dulces, el que la acariciaba y besaba con delicadeza.

Impulsada por los recuerdos, estiró el brazo y le acarició con un dedo el esternón y descendió hasta el estómago, para detenerse donde la sábana le cubría las caderas. Se dio cuenta de que no llevaba los pantalones puestos.

La curiosidad hizo que levantara la sábana para echar una ojeada.

Como se había imaginado, estaba hermosamente desnudo.

–¿Te gusta la vista?

Ella soltó la sábana. Rafiq la miraba sonriendo.

–Estás desnudo.

–Sí, y parece que te fascina –afirmó él con arrogancia y orgullo.

–¿Por qué te has quitado los pantalones?

–Porque siempre lo hago cuando estoy en la cama. Si no, tengo problemas para dormirme. ¿No lo recuerdas?

–Sí.

–¿Quieres que vuelva a ponérmelos?

–No quiero que estés incómodo por mi culpa.

–Muy bien. Puedes seguir mirando si lo deseas, pero si lo haces corres el riesgo de despertar al dragón dormido.

Ella volvió a mirarlo.

–Creo que el dragón ya se ha despertado.

–¿Te sorprende? –preguntó él sonriendo aún más.

En absoluto, pero sí le sorprendió su propia reacción. Le faltaba el aliento, tenia calor y se sintió invadida por el deseo.

–Te pido disculpas por haberte acariciado sin tu permiso.

–Nunca te disculpes por algo tan agradable. Soy tuyo para que hagas conmigo lo que quieras.

Ella deseaba con todas sus fuerzas volver a la época en que estaba segura de su sensualidad y en que no temía explorar ni ser explorada. Tenía el guía perfecto a su lado: un hombre en quien confiaba y al que deseaba desde siempre. Y aunque él no pudiera prometerle un futuro juntos, podía devolverla a la vida. Pero primero tenía que decírselo.

–Quiero pedirte una cosa.

–Tus deseos son órdenes.

Ella se sentó, respiró hondo y se quitó la camiseta.

–Quiero que me acaricies como lo hacías cuando éramos jóvenes.

Él la miró con deseo y preocupación.

–¿Estás segura?

Ella se tumbó, cerró los ojos y estiró los brazos a lo largo del cuerpo.

–Sí, si vamos despacio. Necesito…

–Sé lo que necesitas. Y puedes estar segura de que te trataré con el mayor cuidado. Si quieres que pare, dímelo y lo haré.

Ella sabía que lo haría, y asintió. Rafiq la tomó de la mano y le besó la palma y después la frente, las mejillas y, por último, los labios.

–Abre los ojos –le pidió. Ella lo hizo–. Quiero que veas cómo te acaricio, que sepas que soy yo.

Ella supo que la entendía y lo quiso por ello.

Él le rozó la garganta con los nudillos. Después le rodeó un seno con la punta del dedo y luego el otro, sin dejar de mirarla, como si estuviera evaluando su reacción. La besó entre los senos y volvió a mirarla antes de agarrar un pezón con los labios. Los movimientos circulares de la lengua, los suaves tirones, hicieron que ella se removiera inquieta. Estaba tan llena de deseo que no se dio cuenta de que él le estaba acariciando el abdomen. Quería que siguiera, pero cuando él le soltó el botón de los pantalones, la invadió un miedo ilógico.

–Para –le ordenó en un susurro.

Rafiq levantó la cabeza y apartó la cálida boca de su seno.

–¿Quieres que pare completamente?

–Sí… No… –se pasó las manos por la cara–. No lo sé. Sigo teniendo miedo y me desprecio por ello.

–No quiero que tengas miedo, solo que sientas placer.

–Lo sé y lo siento.

–No te disculpes, Maysa. Te he prometido que pararía cuando me lo pidieras y soy un hombre de palabra.

–Eres un buen hombre, Rafiq, y tienes mucha paciencia conmigo.

–Y la continuaré teniendo. Tú dirás si quieres que sigamos. Ahora deberíamos dormir, ya que mañana nos espera un largo viaje.

Ella no estaba segura de poder dormir.

–Supongo que deberíamos intentarlo.

–Pero, antes, ¿puedo besarte?

–Sí.

–¿No te preocupa la regla de no besarnos?

Ella no pudo evitar sonreír.

–Me temo que es un poco tarde para obedecerla.

–Quería asegurarme de que no habías cambiado de opinión.

–Lo haré si no te das prisa en besarme.

Él le tomó la cara entre las manos y apretó los labios suavemente contra los de ella. Después, se apartó y le sonrió.

–Ahora, si te vuelves a poner la camiseta, es posible que consiga dormirme.

Maysa se inclinó sobre él para agarrar la prenda, rozándole intencionadamente el pecho con los senos al hacerlo. Después, se puso la camiseta lentamente.

–¿Mejor así?

–Algo mejor –afirmó él tragando saliva–. ¿Me pongo los pantalones?

–Soy médico. He visto a bastantes hombres desnudos en el curso de mi profesión, pero preferiría que el dragón estuviera oculto.

Rafiq se echó a reír y, cuando se tumbaron, la volvió a abrazar para darle la seguridad que necesitaba en esos momentos.

Al cabo de un rato, preocupada por el futuro, Maysa escuchó la respiración de Rafiq y dedujo que no estaba dormido.

–¿Estás despierto?

–Sí

–Después de todos estos años, todavía siento que existe un vínculo entre nosotros. ¿Y tú?

–Desde luego. El tiempo no pasa para la amistad.

La amistad. Eso lo decía todo.

–¿Qué pasará de ahora en adelante?

Él la besó en la frente.

–Lo que queramos. Y te prometo que será placentero.

¿Se atrevería ella a continuar con aquel peligroso juego emocional? ¿Se arriesgaría a volver a perderse por él? Sí. Ya no era la joven con sueños imposibles. Sabía que no podía formar parte de su futuro, pero sí de su presente. Se necesitaban: él necesitaba consuelo y ella, seguridad en sí misma.

Fuera acertado o no, volvería a hacer el amor con él.

Capítulo Cinco

Rafiq estaba sorprendido de que le hubiera dejado conducir. Pero aún le sorprendía más su comportamiento.

La miró de reojo. Estaba mirando el cielo matinal por la ventanilla, con el cabello al viento. No le veía los ojos, que ocultaba tras unas gafas, pero sí la sonrisa y los hoyuelos de las mejillas. Se había dejado la blusa desabotonada, por lo que se le veía la camiseta que llevaba debajo, ceñida a sus senos.

Libertad...

La palabra se le ocurrió de inmediato. Los dos la anhelaban, pero Maysa había captado su esencia. Quería que ella siguiera mostrando esa ausencia de inhibiciones. Deseaba más de lo que habían compartido la noche anterior. Y lo más importante: quería vengarse del hombre que le había robado la seguridad en sí misma y la había dejado marcada de por vida. La muerte no sería suficiente para Boutros Kassab.

–No deberíamos detenernos en la ciudad –dijo Maysa volviéndose hacia él al tiempo que sonreía–. Deberíamos escapar sin decir a nadie adónde vamos.

Su entusiasmo era contagioso. En el pasado habían hablado muchas veces de lo mismo.

–¿Y adónde iríamos?

–No lo sé. Al sur, al mar; o al norte, para cenar en los mejores restaurante y alojarnos en los mejores hoteles.

Él deseó que pudieran llevar una vida tan despreocupada.

–Los dos tenemos responsabilidades.

–¿Qué ha sido de tu espíritu aventurero?

–Lo he sustituido por la corona.

–Eso es una farsa –señaló a su izquierda–. Para aquí.

Le indicó un espacio de tierra al lado de la carretera.

–¿Para qué?

–Hazlo, por favor.

Él la obedeció y apagó el motor.

–¿Vas a dedicarte a ver pasar los coches?

Ella se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la puerta del coche.

–No, vamos a sentarnos a mirar las montañas.

Se bajaron y fueron a la parte trasera del vehículo. Ella abrió la puerta de atrás, se sentó y palmeó el espacio a su lado.

Estuvieron en silencio un rato mirando.

–Desde aquí se ve el palacio –afirmó ella rompiendo el silencio–. Y también Mabrúuk. Debiéramos ir un día a explorar la zona.

–Cuando Zain y Madison estuvieron en la montaña, se trajeron dos recuerdos de vuelta. Zain sabía las posibles consecuencias, pero, de todos modos, decidió correr el riesgo.

–¿No te creerás el mito de la fertilidad de la montaña?

–Los lugareños se lo siguen creyendo.

–Pues yo no. Se necesita algo más que una montaña para hacer un bebé.

–No me había dado cuenta –dijo él con una sonrisa burlona.

Ella le dio una palmada en el brazo.

–Estoy segura de que no hará falta que te explique el proceso de la procreación.

El se acarició la barbilla y fingió que pensaba.

–No me importaría oírlo si me lo explicases en términos comprensibles.

–¡Caramba, majestad! ¿Me está pidiendo que le diga guarrerías?

–No sería la primera vez que lo hicieras.

–Entonces era muy joven –afirmó ella poniéndose colorada.

–Y muy atrevida –él aún recordaba la noche en que ella le había dicho lo que deseaba que le hiciera–. Me gustaba tu candor, y espero que todavía creas que puedes decirme lo que quieras.

–Lo creo –se echó atrás apoyándose en los codos–. ¿Recuerdas la noche en que estuvimos varias horas, no lejos de aquí, contemplando la misma vista?

–¿Aquella en que le robaste el coche a tu padre?

–Lo tomé prestado.

–Sin que él lo supiera ni te diera permiso.

–Se lo devolví y no se enteró.

–Es verdad. ¿Te acuerdas del código que empleábamos cuando querías que nos viéramos?

–«¿Qué tiempo hace?» –contestó ella sonriendo–. Y siempre contestabas: «Hace calor» –lo cual era el comienzo para hallar el modo de estar juntos.

Se miraron en silencio hasta que ella sonrió.

–¿Qué tiempo hace?

–Más calor que en el desierto.

–Pues aún más caliente estoy yo –le susurró ella al oído.

Él la respondió con un beso. Maysa se lo devolvió con la pasión

que él recordaba.

Sintió un intenso deseo de poseer a Maysa. Le puso la mano en la espalda, por debajo de la blusa, para tocarle la piel. Ella le sorprendió guiándole la mano hasta su seno y lanzó un gemido cuando él le acarició el pezón con el pulgar.

Él la soltó y apartó el maletín y los instrumentos médicos para hacer sitio. Sin decir nada, se abrazaron. Él volvió a besarla con más fuerza y profundidad mientras le separaba las piernas con la rodilla hasta que estuvieron completamente pegados el uno al otro.

–Quiero acariciarte por todas partes –dijo él.

–Y yo quiero que me acaricies –afirmó ella jadeando.

¡Qué fácil sería complacerla! ¡Y qué imprudente! Si alguien aparecía y los descubría, el escándalo haría peligrar el equilibrio del país.

La besó en la frente.

–Aquí no. Te mereces algo mejor que esto –ese paso había que darlo en una cama–. Estamos a menos de veinte minutos de tu casa.

–No sé si podré esperar otros veinte minutos.

Él tampoco lo sabía.

–Entonces, lo mejor será que nos vayamos cuanto antes.

–¿Estás seguro de que no prefieres quedarte?

Él volvió a besarla.

—Sí. Tenemos toda la tarde para estar juntos y una cama a nuestra disposición, si estás preparada para dar el paso siguiente.

–¿A qué esperamos? –preguntó ella sonriendo.

Por suerte, esperaron lo suficiente para que otro miembro de la familia real no los descubriese. Si Maysa y Rafiq hubieran llegado diez minutos antes, Zain y Madison los hubieran encontrado en una situación comprometida.

A Maysa no le disgustó ver a la pareja al entrar en el salón, aunque no era el momento más adecuado. Estaban muy serios, por lo que pensó que su visita no era casual.

Rafiq cruzó la habitación y se encaró con su hermano.

–¿Qué haces aquí?

Zain se levantó del sofá mirando a Maysa.

–Hemos pasado a ver cómo estabais.

–No es verdad –intervino Madison–. Hemos venido porque se ha armado la gorda en palacio.

Maysa miró con preocupación a Rafiq antes de dirigirse a Madison.

–¿A qué te refieres?

–Rafiq, aunque pedir el helicóptero fuera una noble acción, debías haber sido más discreto –dijo Zain–. Parece ser que los medios de comunicación se enteraron de que estabas en Diya con Maysa. Podías habernos contado tus planes para haber estado preparados para la que se nos vino encima.

–Rafiq no tiene nada que ver –intervino Maysa–. Fue idea mía. De haber sabido que se produciría un escándalo, no se lo hubiese propuesto.

–He estado en Diya observando el trabajo de uno de los mejores médicos de Bajul –afirmó Rafiq con los ojos centelleando de ira y los puños cerrados–. ¿Qué escándalo hay en ello?

–Corre el rumor de que pasaste la noche con la doctora.

–Dormimos juntos en una gran tienda –dijo Maysa–, y lo único que hicimos fue eso, dormir.

–¿Os vio juntos alguien mientras volvíais de Diya? –preguntó Zain.

–Nadie nos vio –le aseguró Maysa.

–Y no había nada que ver –apuntó Rafiq a la defensiva.

–Por favor, sentaos todos. Tenemos que concebir un plan.

Rafiq se metió las manos en los bolsillos y no se movió.

–Prefiero quedarme de pie.

Maysa hubiera querido salir corriendo, pero se sentó en una silla al lado del sofá.

–¿Qué sugieres que hagamos con respecto a ese malentendido?

–Madison ha dado una rueda de prensa esta mañana para... –intentó explicarles Zain.

–¿Sin mi permiso? –lo interrumpió Rafiq.

–¿Para qué? –preguntó Maysa fingiendo una calma que no sentía.

–Para contestar a las preguntas habituales –respondió Madison–: qué había ido el rey a hacer a Diya; qué relación había entre él y la doctora, es decir, si tenían una relación sentimental... Nada a lo que no me haya enfrentado ya en mi carrera.

–Lamento que hayas tenido que trabajar durante las vacaciones, Madison– afirmó Maysa.

Zain besó a su esposa en la mejilla.

–Después de haberme dado dos hijos, sigue siendo la mejor en su oficio.

–Por eso me quieres, cariño –replicó Madison con una sonrisa.

Zain la besó en la boca.

–Y tú me quieres porque soy encantador.

Rafiq masculló una maldición.

–¿Queréis parar de una vez y volver a lo que estábamos diciendo? Exijo saber todos los detalles de la rueda de prensa.

–Supongo que Madison desmintió el rumor –afirmó Maysa.

–Por supuesto. Dije que el rey quería conocer de cerca la atención médica que se ofrecía en los pueblos de los alrededores, y que por eso había acompañado a la doctora Barad a Diya. Y que había preferido hacerlo conservando el anonimato. No contesté ninguna pregunta sobre cómo dormisteis.

–Las evitó muy bien –dijo Zain–. Pero habrá más si se descubre que estáis viviendo bajo el mismo techo.

–¿Quieres decir que debo volver a palacio?

–No necesariamente. Madison también informó a la prensa de que te tomarías un periodo de descanso.

–¿Crees que es buena idea cuando los medios ya están haciendo suposiciones? –preguntó Maysa.

–Madison y yo creemos que Rafiq sigue necesitando descansar– afirmó Zain.

–Pero no puede quedarse aquí, contigo –añadió su esposa–. Tendrá que buscar otro sitio para pasar las vacaciones.

–¿Queréis hacer el favor de dirigiros a mí directamente? Y recordad que soy yo quien tiene la última palabra sobre si me quedo o me voy.

Maysa lo miró a los ojos por primera vez desde que habían recibido las noticias.

–Madison tiene razón, Rafiq. No puedes quedarte aquí. Aumentarán las habladurías.

–Y es lo único que te faltaba –apuntó Zain–. Estamos a punto de recibir el apoyo del consejo para el proyecto del agua, y debe saber que estás centrado en tu deber y no en una mujer que…

–¿Qué no es digna ni de que el rey la utilice de felpudo?

–Créeme, Maysa, cuando te digo que sé perfectamente por lo que estás pasando –afirmó Madison poniéndole la mano en el brazo–, que me parece de lo más ridículo y arcaico.

–No es el momento de intentar cambiar las costumbres –observó Rafiq–. Parece que no me queda mas remedio que encerrarme en mi suite y pedir que no me molesten.

–Y eso no es garantía de que no vayan a hacerlo en cuanto se enteren de que estás allí –apuntó Zaid–. Te aconsejo que te vayas del país. Podrías alojarte en nuestra casa de Los Ángeles.

Rafiq soltó una risa cáustica.

–Te recuerdo que California es la tierra de la prensa y los

paparazzi. Me molestarían más que aquí. Y me niego a estar tan lejos por si se produce una emergencia.

–Tiene razón –afirmó Madison–. Lo mejor sería buscar un lugar cercad de Bajul.

–Puede quedarse en el centro turístico –casi gritó Maysa. Todos se volvieron a mirarla.

–No creo que alojarse en un centro de vacaciones lleno de turistas sea el mejor lugar para relajarse y evitar la publicidad.

–Ahora mismo no hay nadie –explicó Maysa–. El hotel está cerrado por obras y los chalés están disponibles. Son un escondite perfecto.

–¿Y los empleados?

–Shamil les ha dado vacaciones y me ha pedido que me pase de vez en cuando para supervisar las obras.

–Si no hay empleados tendré que hacerme la comida y lavarme la ropa –protestó Rafiq.

–Todos los chalés están equipados con cocina y tienen cocinero privado, aunque no ahora –le informó Maysa–. Yo me ocuparé de resolver el tema de las comidas y mis empleados te lavarán la ropa.

–Podría funcionar –dijo Madison. Pero tenéis que buscar el modo de pasar desapercibidos. Los guardias de Zain han ahuyentado a algunos periodistas que estaban en la verja de entrada cuando llegamos. Te aseguro que estarán de vuelta en cuanto nos vayamos.

–Viajaré de noche. Para entonces los trabajadores se habrán ido, así que el riego de que alguien me vea será mínimo.

–¿Qué te parece, hermano? –le preguntó Zain.

–Lo estoy pensando.

–Pues no tardes mucho –le pidió Madison–. Tenemos que tomar una decisión ya. En caso contrario, deberás volver a palacio.

Rafiq se quedó callado unos segundos antes de lanzar una breve mirada a Maysa.

–Lo haré si Maysa también está de acuerdo.

Ella no veía razón alguna para no estarlo, ya que estarían separados. Si él se hubiera quedado en su casa, la tentación habría sido enorme. Con el nuevo plan, ella se limitaría a llevarle la comida y la ropa limpia.

–Me parce la mejor alternativa.

–Excelente –Zain se levantó y su esposa lo imitó–. Ahora, si nos perdonáis, tenemos cosas que hacer.

–Y solo tenemos dos horas antes de que los niños quieran comer.

–¿Pensáis tener más? –preguntó Rafiq.

–No, pero tampoco planeamos tener los dos primeros –respondió Madison.

Maysa se echó a reír.

–Entonces, os sugiero que estéis preparados para luchar contra los poderes de Mabrúuk. En cualquier caso, tengo preservativos, si los necesitáis.

–Gracias, pero lo tenemos todo controlado –afirmó Zain.

Madison le sonrió.

–Más nos vale. A pesar de lo mucho que me gustan los niños, no sé cómo me las arreglaría con otros dos.

–No quiero entreteneros más –dijo Maysa–. Os acompaño a la puerta.

–Antes de que os vayáis, os pido que tengáis cuidado –apuntó Rafiq–. Pero si queréis desviar la atención de mi persona bañándoos desnudos en la piscina, os doy mi consentimiento.

–Estamos casados y ya no soy el rey –dijo su hermano–. La prensa ya no se interesa por mi vida. Si saliera a pasear desnudo, ni siquiera se fijarían en mí.

–No estoy muy segura –apuntó Madison–. Te he visto desnudo y estás impresionante.

Zain le sonrió antes de seguir hablando con su hermano.

–Por otro lado, eres el rey, por lo que se espera que te comportes con un mínimo de decoro, así que te aconsejo que no vayas desnudo por ningún sitio salvo en la ducha.

–Me encargaré de que esté vestido en público –dijo Maysa–. Os acompaño a la puerta.

Mientras Zain se dirigía al coche que los esperaba, Madison agarró las manos de Maysa.

–Si tu intención de resistirte a los encantos de Rafiq fracasa, tratad de ser discretos.

Tras esas palabras, Maysa se quedó pensando que no podría evitar los encantos de Rafiq, pero se mantendría firme. Al menos tenía su trabajo, que le ocupaba el tiempo y los pensamientos.

–¿Estás segura de que tienes que trabajar mañana?

Apenas habían entrado por la puerta del chalé cuando Rafiq hizo la pregunta a Maysa. Ella dejó las bolsas de papel con provisiones en la encimera de la cocina y comenzó a vaciarlas.

–Tengo que estar en la clínica todo el día.

Rafiq dejó otra bolsa al lado de las suyas.

–¿No querrías pasar la noche conmigo?

Ella lo había pensado y lo pensaba en aquel momento, cuando él le ponía la mano en la cintura y sentía su calidez a través de la tela del vestido. Pero al final le diría que no. De momento decidió hacer caso omiso de la pregunta y de su mano; o al menos intentarlo.

–Mi cocinera te ha preparado estas galletas para el desayuno. También te ha preparado la comida, y estoy segura de que te gustará –la agarró y la metió en la nevera. Al girarse vio que Rafiq se había situado en la encimera opuesta, se había cruzado de brazos y la miraba con intensidad.

–Te compensará pasar conmigo la noche –afirmó con voz profunda y sensual.

«Mantente firme», se dijo ella.

Le dio la espalda y siguió sacando las provisiones.

–Uno de mis guardias te llevará...

–Por si lo has olvidado, tengo coche.

–No lo he olvidado. Ni tampoco lo que estuvimos a punto de hacer en él ni nuestro plan de acabar lo que apenas habíamos comenzado. Si mi hermano no hubiera llegado antes que nosotros, todavía estaríamos en tu cama, y yo, dentro de ti.

A Maysa se le cayó el bote de café al suelo. Se reprochó su torpeza mientras él se agachaba, lo recogía y lo metía en un armario.

La determinación de Maysa de evitar a Rafiq comenzó a flaquear. Se dirigió al comedor, situado al lado de la cocina, y comenzó a colocar mejor las flores artificiales que había en un jarrón en medio de la mesa.

–Debo reconocer que Shamil ha hecho un buen trabajo al modernizar los chalés. Casi parecen americanos. Hay una piscina en el patio y...

Rafiq, insistente, se apretó contra su espalda. A ella la invadió una oleada de calor. Él le puso la mano derecha en la cintura y la izquierda más arriba, y le acarició el seno con el pulgar. Después le apartó el cabello y la besó varias veces en el cuello. Ella podía hacer caso omiso de la reacción de su cuerpo o disfrutar del momento. Cuando inclinó la cabeza hacia el hombro masculino, él la besó en la comisura de los labios y, sin previo aviso, le dio la vuelta y la sentó en la mesa.

Ella, sorprendida, se rio.

–¿Qué intentas hacer?

Él le puso las manos en los muslos.

–Intento convencerte de que me dejes retomar lo que habíamos empezado.

–Estamos en la cocina.

Él le puso las manos en las rodillas.

–No, estamos en el comedor, al lado de la cocina.

–¿Tienes la fantasía machista de poseer a una mujer en un entorno doméstico?

–Mi fantasía eres tú, y querría poseerte en cualquier sitio.

La besó sin piedad y ella se perdió en la suave exploración que le hizo de la boca, por lo que pasaron unos segundos antes de que se diera cuenta de que le estaba subiendo el vestido por los muslos. Se puso tensa y él le susurró al oído:

–Confía en mí.

Confiaba en él hasta el punto de no ponerse a analizar los motivos por los que no debieran hacer aquello. Él le metió las manos por debajo del vestido y comenzó a bajarle las braguitas. Ella no protestó, sino que alzó las caderas para facilitarle la tarea. Él las tiró al suelo. Estaba sentada en una mesa con el vestido subido casi hasta la cintura. No le importó mostrarse ante Rafiq cuando él el separó las piernas ni, desde luego, cuando le puso las manos entre los muslos.

Apoyó la cabeza en la de él y bajó la vista para contemplar la erótica escena. Rafiq, él único hombre que le había proporcionado un orgasmo, sabía exactamente dónde acariciarla, cuánta presión ejercer. Él no se apresuró y midió cada caricia hasta que las piernas de ella comenzaron a temblar. La invadió una sensación de alivio al darse cuenta de que el desenlace era inminente. Sin darse cuenta, le clavó las uñas a Rafiq en los hombros cuando el orgasmo creció en intensidad. Contuvo un grito de placer. Él la volvió a besar y sincronizó los movimientos de la lengua con los del dedo que tenía en el interior de ella.

Cuando la última oleada de placer se fue desvaneciendo, Maysa agachó la cabeza y trató de contener las lágrimas sin conseguirlo.

–¿Te he hecho daño?

–No, en absoluto –respondió ella mirándolo–. No estaba segura de poder volver a sentirme así.

Él la besó en la frente con tanta ternura que ella estuvo a punto de sollozar.

–Desprecio lo que ese monstruo te hizo, pero estaba seguro de que no había podido contigo.

–No, no pudo –pero Rafiq podía volver a partirle el corazón.

Él recogió las braguitas y se las tendió.

–Vístete, vuelve a casa y trata de dormir bien.

A ella le sorprendió que no intentara de nuevo convencerla de

que se quedara.

–Esperaré a que estés lista para dar el último paso.

¿Estaba preparada? Unos minutos antes le hubiera seguido de buena gana al dormitorio. Pero tal vez él tuviera razón y necesitara más tiempo para valorar las consecuencias.

–Ya has oído lo que han dicho Madison y Zain, que no debemos pensar en tener intimidad, dadas las circunstancias.

Él la observó mientras se ponía las braguitas.

–Nadie tiene por qué enterarse.

–Pero yo lo sabría, Rafiq. Si hiciéramos el amor y un periodista me preguntara por nuestra relación, me leería la verdad en los ojos.

–Razón de más para que dejes de trabajar durante un tiempo.

Como si fuera tan fácil.

–Mañana tengo el día ocupado hasta última hora de la tarde.

–Si lo deseas, mi médico personal atenderá a los pacientes en tu lugar.

–No los conoce. Ellos confían en mí.

Rafiq la levantó por la cintura y la dejó en el suelo.

–Entonces, ve a ver a tus pacientes y vuelve mañana por la noche.

La tentación de acceder era demasiado fuerte.

–Lo pensaré.

–Es lo único que te pido.

–Entonces, ¿no te importará que, si decido quedarme en casa, uno de los guardias te traiga la cena?

–Desde luego que no.

Volvió a besarla y ella estuvo a punto de ceder. Antes de que ocurriera. agarró el bolso y se dirigió a la puerta.

–Ya te diré si vengo mañana.

–Si decides no hacerlo, puedes estar segura de que iré yo.

Capítulo Seis

–Queda un paciente, doctora Barad.

Maysa frunció el ceño al oír las palabras de Demetria Christos, la secretaria que llevaba la oficina de la clínica como el capitán de un barco.

–Hace quince minutos me dijiste que el último se había marchado, Demetria.

–Ha llegado sin cita previa. Es un americano que está viajando por la zona. Quiere un examen completo, aunque a mí me parece que está bien, muy bien.

Maysa podía negarse a atenderlo, pero estaba dispuesto a pagar, y a ella siempre le venía bien el dinero para comprar material y pagar sueldos.

–¿Dónde está Jumanah?

–Se fue hace unos minutos con su esposo, antes de que el hombre llegara.

Eso implicaba que Maysa no tendría a la enfermera para ayudarla, lo cual no era un problema, aunque retrasaría todo el proceso.

–Muy bien, pero cierra la puerta y cuelga el cartel de cerrado.

–Ya lo he hecho.

–¿En qué sala está?

–En la número uno.

–Tengo que pedirte un favor. ¿Te importaría pedirle a Paulos, el dueño del restaurante griego, que prepare una musaca para llevar?

Era uno de los platos preferidos de Rafiq. Una vez resuelto el asunto de la cena, debía tomar una decisión sobre si se la llevaría personalmente o se lo encargaría a un guardia.

–A usted no le gusta la musaca, doctora –observó Demetria mirándola con recelo.

–Es para un amigo que está de visita. Un conocido, realmente.

Demetria pareció desanimada.

–Lamento que no haya encontrado pareja. ¿Por qué no tiene en cuenta la posibilidad de usar mis habilidades de celestina?

Maysa pensó que prefería comer musaca.

–No, gracias. Si quieres, ya puedes marcharte al restaurante a encargar la musaca.

–¿Y dejarla sola con un desconocido?

–¿Tiene aspecto amenazador?

–Es muy alto y delgado y bastante guapo. Mi instinto me dice que es inofensivo; y nunca se equivoca.

–Entonces, no hay motivo para que no te vayas. Pasaré por el restaurante a recoger la comida en cuanto acabe.

Maysa salió de la oficina y se dirigió a la sala número uno.

–¿Qué desea? –preguntó mientras entraba leyendo la ficha del paciente.

–Estoy abierto a cualquier sugerencia.

Rafiq estaba apoyado en la camilla. Llevaba una camisa blanca y pantalones negros. Su expresión denotaba que estaba disfrutando de la sorpresa.

–¿Qué haces aquí?

–Como le he dicho a tu secretaria, he venido para un examen completo.

–Tienes tu médico.

–No está disponible en estos momentos.

Maysa no le creyó.

–¿Te ha reconocido Demetria?

–Sí, pero le he pedido que no te lo dijera.

–¿Te das cuenta del riesgo que has corrido viniendo? Cualquiera puede haber visto el coche blindado y…

–He venido andando desde el palacio.

–Puesto que hay un kilómetro y medio desde allí hasta aquí, es evidente que estás bien de salud.

–Tengo una molestia que no se me quita –afirmó él mirándola a los ojos.

Ella decidió seguirle el juego.

–¿Dónde?

–Te lo voy a enseñar.

Rafiq se incorporó y comenzó a desabrocharse el cinturón. Maysa lo apuntó con el dedo.

–No se quite ninguna prenda, majestad.

Él tuvo la desfachatez de sonreír.

–Entonces, ¿cómo va a curarme la molestia si no ve su origen, doctora?

«No le sigas la corriente», se dijo ella.

–Créeme –afirmó sonriendo a su pesar– no necesito verla para diagnosticarla. Probablemente se trate de priapismo, aunque eso se produce cuando la erección se mantiene después de la relación sexual.

–Entiendo. ¿Y cómo puedo encontrar alivio, doctora?

–No creo que necesites mis conocimientos para hallar la respuesta. Y te he hecho una pregunta: ¿por qué has venido?

–Para preguntarte si vas a venir esta noche –afirmó él dando dos pasos hacia ella.

–Hace menos de veinticuatro horas que me lo has preguntado. Todavía no lo he decidido.

Él se aproximó aún más y la acorraló contra la pared.

–¿Puedo hacer algo para convencerte?

Las imágenes del incidente en la mesa del comedor invadieron la mente de Maysa.

–Dame tiempo y espacio.

–No voy a presionarte para que decidas –dijo él separándose de ella y metiéndose las manos en los bolsillos– pero me sentiría decepcionado si me dejaras solo y sin alivio para mi dolencia. ¿Cómo se llama?

–Priapismo, y no la padeces. Puedes buscar alivio tomando el asunto en tus manos.

–¿Y qué placer hallaría cuando tú puedes tomarlo en las tuyas?

–Te sugiero que vuelvas al chalé y esperes a conocer mi decisión.

–¿Cómo me enteraré?

–Al verme llegar o al ver que no aparezco.

–Entonces, esperaré toda la noche –su expresión se volvió seria–. Antes de marcharme, quiero que sepas que entiendo tus dudas y lo que las provoca.

Rafiq había dado en el clavo.

–Tienes razón. Perder el control es algo que he dejado de tomarme a la ligera.

–Puede que creas que soy un egoísta, y tal vez lo sea, pero he aprendido que en la vida no hay garantías y que tenemos poco tiempo. Sin embargo, tiempo es lo único que tenemos, por breve que sea.

Y breve sería. Cuando se acabara aquella aventura, si es que comenzaba en serio, cada uno seguiría con su vida, como llevaban haciendo más de una década.

Él le agarró las manos, les dio la vuelta y besó la cicatriz de ambas muñecas.

–Si decides venir esta noche, te prometo que tendrás toda mi atención y que serás tú quien controle la situación –y tras decir esas palabras, Rafiq se marchó.

Maysa se quedó reflexionando sobre su promesa. Rafiq no era un

hombre que estuviera dispuesto a ceder el control bajo circunstancia alguna. Seguía siendo como lo había conocido: bajo una fachada de acero se escondía una gran ternura. Se lo acababa de demostrar. ¿Le merecería la pena poner en peligro su salud emocional por volver a hacer el amor con él? ¿Podría alejarse de él como si no hubiera habido nada entre ellos?

Ya había recorrido esa senda y había sobrevivido. Y volvería a sobrevivir. Maysa no consentiría que ningún hombre, ni siquiera aquel al que amaba, volviera a destrozarle la vida.

Rafiq era un hombre decidido cuando tenía que cumplir con su deber, y también a la hora de hacer el amor. Siempre tomaba la iniciativa. Ceder ese poder era algo que no concebía, pero lo haría por Maysa, siempre que se presentara esa noche.

Ella le había llamado por teléfono media hora antes para decirle que estaba de camino, pero Rafiq se preguntaba si habría cambiado de opinión.

Siguiendo el plan que se había trazado, solo llevaba puesta una bata. Cuando oyó que la puerta se abría, tenía el deseo controlado.

Maysa entró llevando una bolsa de papel marrón. Se detuvo en cuanto lo vio. Agarró la bolsa con más fuerza y carraspeó.

–Parece que te has quedado sin ropa limpia.

–Todavía me queda, pero he decidido esperar a ducharme hasta después de que llegaras.

La expresión de incomodidad de Maysa le indicó que había entendido lo que le proponía.

–Te he traído comida del restaurante griego.

–¿Cenarás conmigo?

–No, he comido tarde.

–Yo también. Déjala en la cocina y la calentaré más tarde.

–Voy a ducharme –se quitó la bata sin previo aviso–. Si quieres ducharte conmigo, serás bienvenida.

Ella se puso a contemplar su cuerpo como lo hubiera hecho un hombre en presencia de una mujer a la que deseara con locura.

Abrió un poco más los ojos cuando estos alcanzaron el destino que demostraba los evidentes resultados de su examen.

–Veo que tu dolencia no ha mejorado.

–Sigue necesitando tratamiento. Tras un día agotador, ¿te sientes capaz de hacerme un examen más detenido?

–Es obvio que tú estás dispuesto –ella alzó la vista y le sonrió–. Tal vez me convenzas de que te eche una mano dentro de un rato.

Mientras tanto, ve a ducharte.

–¿Vendrás conmigo?

–Quizá, pero primero tengo que devolver la llamada a un paciente.

Parecía que su profesión se interponía continuamente entre ellos.

–¿Tendrás que hacerle una visita en casa?

–No lo sabré hasta haber hablado con él.

–¿Es un paciente o un amante secreto?

–Es un granjero de setenta años que está resfriado. Dudo mucho que su mujer, que tiene cincuenta años, esté de acuerdo en que lo tome como amante. Además, no puedo tener más de un amante a la vez.

Sus palabras animaron a Rafiq.

–Estaré en la ducha esperando tus cuidados.

Rafiq se dirigió al cuarto de baño, aunque lo que realmente quería era tumbar a Maysa en el sofá y poseerla sin más tardanza. La ducha de piedra era enorme, apta para cinco personas. Pulsó un botón y el techo se descorrió mostrando el cielo estrellado. Una vez seleccionada la temperatura, abrió el agua de dos de los cabezales y se metió debajo.

Apoyó las manos en la pared tratando de recuperar el control. Si fracasaba, el examen de Maysa acabaría antes de haber comenzado, suponiendo que no hubiera decidido marcharse.

Cuando terminó de ducharse creyó que ella había cambiado de opinión. Tal vez hubiera...

–Ha llegado la doctora.

Oyó su voz y la vio frente a la ducha, desnuda y aparentemente tranquila. La calma que Rafiq había conseguido con tanto esfuerzo voló por los aires. Nunca la había visto desnuda del todo, ya que, en su juventud, sus encuentros secretos se habían producido en al oscuridad. Admiró la turgencia de sus senos, coronados por pezones de color marrón claro, la entrada de la cintura, la curva de las caderas y la sombra entre los muslos.

Cuando ella entró en la ducha, estaba tan excitado que pensó que tendría que recurrir a una fuerza sobrehumana para controlarse.

Maysa se colocó debajo del otro cabezal y cerró los ojos al sentir el agua. Rafiq la observó mientras se enjabonaba. Siguió el movimiento de sus manos en los senos, el abdomen y más abajo. Quiso ir hacia ella, acariciarla, besarla por todo el cuerpo... Pero le había prometido que sería ella la que tomaría las decisiones, por lo

que no tenía más remedio que esperar a que la iniciativa partiera de ella.

Maysa se aclaró y por fin se le acercó. Cuando él fue a tocarla, ella retrocedió.

–Antes de continuar, voy a poner unas normas.

–¿Más? –preguntó él, enfadado.

–En primer lugar, no me toques hasta que te dé permiso.

–Eso es inaceptable...

Ella alzó la mano para hacerlo callar.

–Recuerda que soy yo la que decide.

No lo había olvidado, aunque comenzaba a lamentarlo.

–Continúa.

–En segundo lugar, de momento no puedes besarme.

–Muy bien. ¿Algo más?

–Sí. Disfruta de haberte quedado sin control de la situación –dijo ella acercándosele al tiempo que dirigía el agua hacia ellos.

Lo ojos de él ardieron de deseo cuando Maysa le puso las manos en el pecho y le acarició los pezones. Contuvo la respiración cuando las manos de ella le descendieron por el estómago y apretó las mandíbulas cuando le rodearon el ombligo, y aún más cuando le arañaron levemente entre los muslos.

Parecía que ella estaba evitando adrede su erección o tal vez quisiera torturarlo hasta que le suplicara. Maysa se puso de rodillas y cuando lo tomó con la boca él comenzó a esforzarse por controlarse.

Cuando ella empleó la lengua como una pluma, desde la punta a la base, Rafiq se centró en detalles triviales para prolongar la experiencia: las comidas que menos le gustaban, el orden del día de la siguiente reunión del consejo, el calor que hacía en agosto... Pero nada consiguió distraerlo, y se atrevió a mirar a Maysa arrodillada frente a él. Verla así, aparentemente sumisa, le dio un respiro.

Desobedeció las reglas al levantarla. Ella lo miró con desagrado.

–¿He hecho algo mal?

–Lo has hecho todo bien, y he tenido que hacer un gran esfuerzo para detenerte.

–¿Por qué no me has dejado seguir?

–Porque nunca te debes poner de rodillas delante de ningún hombre.

–Pero no me has obligado a hacerlo: esa es la diferencia.

–Da igual. Quiero verte los ojos cuando me acaricias.

–Vamos a ver cuánto tardas en cerrarlos cuando continúe –afirmó ella con una sonrisa.

Y, en efecto, continuó, pero empleando las manos tan eficazmente como había usado la boca. Al aumentar el ritmo de las caricias, Rafiq tuvo dificultades para respirar o para tener los ojos abiertos. En cuestión de segundos iba a perder la batalla y la guerra. Perdería la oportunidad de llevar a Maysa a la cama y estar en su interior.

–Para –le ordenó.

–No –respondió ella al tiempo que miraba la mano de él en torno a su muñeca.

Él la soltó contra su voluntad.

–Si sigues, corro el peligro de...

–Lo sé. Es justo lo que pretendo.

Ella le había dado la vuelta a la tortilla. Tenía el control y él se sentía impotente para conseguir que dejara de acariciarlo y para seguir resistiendo.

–Debieras estar agradecido de haberle entregado el control a una doctora –le susurró ella al oído.

Y, sin previo aviso, ella le apretó entre las piernas con la mano que tenía libre en el momento en que él alcanzaba el clímax con la fuerza de una explosión. Rafiq echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en la pared al tiempo que un emitía un gemido gutural. El orgasmo fue el más largo que había tenido en su vida, y el impacto estuvo a punto de hacerle caer de rodillas.

Cuando abrió los ojos vio que ella estaba muy orgullosa de su hazaña.

–¿Qué me has hecho?

Ella le acarició la mandíbula con un dedo.

–¿Además de haberte proporcionado el orgasmo más intenso de tu vida?

–¿Cómo lo has hecho?

–Resulta que conozco un punto que al activarse aumenta el placer masculino. No lo había probado antes, pero parece que funciona.

–Si hubiera funcionado mejor, estaría muerto.

–El corazón te sigue latiendo muy deprisa, por lo que creo que vivirás.

–Pues ha habido un momento en que lo he dudado.

–Estoy segura de que no tendrás dudas sobre un aspecto de la experiencia.

–¿Cuál?

–¿No es una locura ceder la iniciativa a una mujer?

Había llegado el momento de recuperarlo.

La apoyó contra la pared, le tomó la cara entre las manos y la besó sin dudarlo. Necesitaría tiempo para recuperarse, pero sabía perfectamente lo que iba a hacer con ese tiempo.

Se separó de su boca, pero no le soltó la cara.

–No eres la única que conoce puntos secretos. Sé que tú también los tienes y estoy dispuesto a explorar cada uno de ellos, quizá más de una vez.

–Pero...

Él le puso un dedo en los labios.

–Este es mi plan y estas son mis reglas: espero que me acaricies y yo te besaré por todas partes. ¿Entendido?

Ella asintió.

–Muy bien. Una cosa más, antes de llevarte a la cama.

–Date prisa, por favor –susurró ella.

–Si confías lo suficiente en mí y me cedes la iniciativa, tendrás una experiencia inolvidable.

Capítulo Siete

Maysa no olvidaría con facilidad la mirada expectante de Rafiq mientras aguardaba su respuesta. Si accedía, reconocería que estaba lista para el paso siguiente: dejarse llevar y dejar que él le hiciera el amor de todas las formas posibles; y las posibilidades eran infinitas. Y ella quería experimentarlas una por una y olvidar el horror de su vida con Boutros. Solo Rafiq podía borrar aquellos recuerdos de su memoria.

–Confío en ti, Rafiq –afirmó agarrándolo de las manos–. Haz conmigo lo que quieras, con tal de que lo hagas ya.

Él la tomó en brazos y ella, sorprendida, se echó a reír. Y siguió haciéndolo mientra la llevaba al dormitorio y la sentaba en el borde de la cama. Dejó de hacerlo cuando lo vio de pie frente a ella, con la piel y el pelo aún mojados y todo su cuerpo ante sus ojos: un hombre desnudo, hermoso y todo suyo para disfrutar de él con caricias y besos. Sintió el deseo de besarlo inmediatamente.

–Te has vuelto a afeitar.

–Sí. Como me dijiste, a las mujeres les resulta a veces irritante el vello facial, y no quería que te ocurriera a ti.

–Me gustas más sin la perilla.

–Estoy contento de que te guste así.

Maysa estaría más contenta si él comenzase a acariciarla o a besarla. Después de lo sucedido en la ducha, estaba tan excitada que tenía que contenerse para no saltar sobre él.

Pero él siguió observándola como si pretendiera prolongar su agonía.

–¿Vas a quedarte mirándome toda la noche?

–No –se inclinó hacia ella y le puso las manos en las caderas–. Estoy decidiendo lo que quiero hacer contigo.

–Me da igual: hazlo.

Él soltó una carcajada.

–La paciencia no es una de tus virtudes, pero, puesto que ahora mando yo, tendrás que ser paciente.

–Como sigas así, voy a ponerme a gritar.

–Te aseguro que habrá gritos –dijo él sonriendo–. O al menos, gemidos.

Al oír sus palabras, el deseo de Maysa aumentó. De pronto, él la

besó y el deseo se le concentró entre los muslos. Rafiq comenzó a descender por su cuerpo beso a beso. Se detuvo en los senos, cuyos pezones recorrió con la punta de la lengua antes de introducírselos en la boca.

Cuando ella trató de que se tumbara en la cama, él la rechazó.

–Ten paciencia. Quiero que te quedes donde te he dejado.

–¿Y si quiero tumbarme?

–Ya te lo diré cuando te esté permitido.

Estaba comenzando a llevar aquel juego demasiado lejos, pero ella le había arrebatado el control en la ducha y verlo impotente le había producido una enorme excitación.

–Sus deseos son órdenes, majestad.

–Pues te ordeno que sientas placer durante la experiencia.

–Lo haré en cuanto me lo provoques.

–Esa es mi intención. ¿Sabes lo que te mereces?

Una medalla, por seguir sentada.

–No.

Él volvió a inclinarse sobre ella y a besarla.

–A un hombre que esté dispuesto a arrodillarse ante ti –afirmó él al tiempo que lo hacía.

–No sé qué decir –estaba emocionada.

–No digas nada y limítate a sentir.

Cuando le separó las piernas, Maysa tembló al darse cuenta de que iba a hacer lo que ningún otro hombre había osado. Había estado con dos hombres: el primero no lo había intentado y al segundo solo le interesaba la satisfacción se sus sádicos deseos.

Pero no era una niña. Sabía todo lo que había que saber de sexualidad humana y anatomía femenina, aunque carecía de experiencia personal sobre cómo sería ese tipo de intimidad. Pronto lo comprobaría, ya que Rafiq le deslizó las manos bajo las nalgas y comenzó a besarle la parte interna de los muslos.

Cuando alcanzó el blanco que se proponía, ella comprobó que usaba la boca como un hombre experimentado en el arte de amar. Cada vez que la acariciaba con la lengua, ella trataba de absorber todas las sensaciones, pero se estaba deslizando hacia un terreno en el que no tenía cabida el pensamiento. Inclinó involuntariamente las caderas hacia él. Rafiq aumentó la intensidad de las caricias, lo que la llevó al clímax.

Su impacto la dejó débil, sin aliento y maravillada. Observó el típico orgullo masculino en la expresión de Rafiq mientras apoyaba la barbilla en sus temblorosas piernas.

Cuando se hubo recuperado lo suficiente como para hablar, dijo:

–Ha sido muy rápido. E increíble.

–Es verdad que ha sido muy rápido para poder disfrutar de sus efectos. No será así la segunda vez.

¿No querría decir que…?

–Rafiq, no puedo…

–No te infravalores ni me infravalores.

Los orgasmos múltiples no formaban parte del limitado repertorio sexual de Maysa. Sabía que eran posibles, pero ¿lo serían para ella?

La segunda vez Rafiq se sirvió tanto de las manos como de la boca. Ella fue más consciente de lo que le hacía, pero no se excitó menos. Alcanzó el clímax más lentamente, pero también fue intenso.

Maysa cayó sobre la cama, cerró los ojos y esperó a que el temblor cesara. Rafiq se tumbó a su lado.

–¿Estás bien?

Ella abrió los ojos y vio que le sonreía.

–Estoy eufórica.

–Creo que yo lo he estado en la ducha.

–No lo sabía.

–¿El qué? –preguntó él.

Ella se dio la vuelta y le acarició la cara.

–No sabía que pudiera sentir de esta manera. Creí que Boutros había destruido mí capacidad de disfrutar del amor. Te agradezco que me hayas ayudado a comprobar que hacer el amor es mejor que bueno.

–No tienes que agradecerme nada –dijo él besándola en la frente–. Lo mejor está por venir, si estás preparada.

¿Cómo no estarlo?

–Estoy más que preparada, y cansada de esperar.

–Muy bien, vístete.

–¿Se trata de una nueva técnica que has aprendido: cómo hacer el amor vestido?

–No, quiero llevarte a un lugar especial para hacerte el amor.

–¿Adónde?

–A nuestro pasado.

¡Ojalá pudieran volver a esos días de despreocupación! ¡Ojalá pudieran cambiar el curso de su historia y los límites de su cultura! ¡Ojalá hubieran encontrado la forma de estar juntos!

Pero el tiempo no se podía rebobinar y, aunque se pudiera,

Maysa no estaba segura de querer hacerlo. Su sufrimiento la había conducido al éxito. Las decepciones la habían llevado a ser quien era, una mujer fuerte e independiente. Si hubiera sido la esposa de Rafiq, la hubieran relegado a recibir a dignatarios y a darle herederos reales a su esposo. Siempre había querido ser médico, y no hubiera podido serlo de haberse casado con Rafiq. Y el resentimiento podría haber matado el amor.

El pasado estaba muerto y enterrado. Lo único que importaba era el presente.

El misterio terminó cuando Rafiq condujo por la carretera principal y Maysa se percató de su destino: su santuario secreto, un terreno que bordeaba el palacio, con un bosquecillo donde Rafiq y ella se habían hecho mayores en brazos el uno del otro, donde se habían declarado su amor sabiendo que ese amor no bastaría para conservar su relación.

Cuando el asfalto se transformó en gravilla, Maysa bajó la ventana para que entrara la brisa y le recordara los olores y los sonidos de la naturaleza en su forma más pura. Rafiq detuvo el coche entre las dos acacias donde siempre se reunían. Dejó las luces encendidas para que iluminaran los arbustos y las pitas.

–Sigue igual –dijo ella–. Y espero que el guarda siga manteniendo alejados a los lobos.

–Hace años que no se ven lobos.

–Podríamos haber traído a uno de tus guardias, aunque sería embarazoso tener espectadores.

–Están en la carretera principal, frente a la entrada a la propiedad.

–No se pondrán a patrullar la zona, ¿verdad?

–Les he dado instrucciones de que se queden en el coche. Nadie nos molestará.

–No me gustaría que me pillaran...

–¿Desnuda? –él sonrió.

–Justamente.

–Te protegeré de los curiosos si es necesario.

–Si no me falla la memoria, la primera vez insististe en que fuéramos a mi cama porque temías que nos pillaran aquí desnudos. Ahora me dices que nos desnudemos, pero la amenaza sigue existiendo.

–Con la edad y la experiencia surge la necesidad de la aventura –afirmó él tomándola de la mano.

–Con tal de que la aventura no contenga hormigas y otros bichos...

Él le tomó la cara entre las manos y la besó.

–Te protegeré de todos los depredadores.

Maysa sacó dos preservativos del bolsillo del vestido y se preparó para la reacción de Rafiq.

–Y yo me encargo de protegernos de un embarazo.

Como se esperaba, Rafiq frunció el ceño.

–Aunque comprendo que es necesario, no me gusta que haya una barrera entre nosotros.

–Una fina barrera que apenas notarás. Vamos a hacer buen uso de esas barreras.

Bajó del coche y lo rodeó para abrir la puerta a Maysa y ayudarla a salir. Después, caminaron agarrados por la cintura hacia el límite más alejado del campo, donde había más arena que plantas.

Maysa extendió una de las mantas y Rafiq dejó la otra a un lado.

–Por si tenemos que taparnos si aparece un intruso.

–¿Y bien? –dijo ella al ver que ninguno de los dos comenzaba a desvestirse.

–Primero, los zapatos –dijo él mientras se sentaba en la manta y comenzaba a quitarse las botas.

Maysa se quitó las sandalias mientras él hacía lo propio con la camisa. Aunque la única luz que había era la de la luna, que no estaba llena, ella distinguió los detalles del hermoso cuerpo masculino, que ya conocía, pero que nunca se cansaría de observar.

Puso los pies en la manta y le lanzó los preservativos a Rafiq, quien los agarró al vuelo. Él le bajó la cremallera y las hombreras del vestido y este cayó sobre la manta. Ella lo apartó y cuando se quitó las braguitas él lanzó un gemido.

–¿Te he dicho ya lo hermosa que eres? –le preguntó mientras se bajaba la cremallera de los pantalones.

Maysa no necesitaba oírle decir cumplidos, pues los vio en sus ojos y en otros sitios cuando él se acabó de desnudar.

–Gracias, majestad. Yo pienso lo mismo de usted.

Rafiq dio unas palmadas en el suelo.

–Si estás lista, siéntate a mi lado.

Maysa se puso de rodillas, avanzó hacia él y agarró uno de los preservativos. Lo sacó del envoltorio, empujó a Rafiq para que se tumbara y se tomó la libertad de ponérselo. Después se tumbó sobre él.

–Creo que te he demostrado que estoy más que preparada. Y tú también.

Él la tumbó de espaldas con un ágil movimiento.

–Te repito que si quieres que pare me lo digas. Si sientes dolor, dímelo.

Ella lo quiso por su delicadeza; y por muchas otras razones.

–Estoy segura de que no será así. Al fin y al cabo, esto es lo que hemos estado esperando y confío en que la espera haya valido la pena.

Él la tomó de la barbilla y la besó levemente.

–Haré todo lo que pueda para que disfrutes.

Y lo hizo. Tras unas expertas caricias y un largo y ardiente beso, la penetró hasta el fondo y comenzó a moverse.

Maysa se preparó para lo inevitable. Estaba segura de que podría llegar al clímax, pero al sentir los movimientos de Rafiq, se puso tensa, a pesar de que el cerebro le indicaba que aquello no era una invasión, sino que se trataba de Rafiq, el hombre en el que confiaba ciegamente.

Él se detuvo, le abrió los puños y le besó las palmas. Después comenzó a hablarle en árabe con palabras dulces y sensuales que describían cómo se sentía ella al tenerlo en su interior; cómo llevaba él esperando toda la vida para volver a estar tan cerca de ella; cómo su mayor deseo era proporcionarle el máximo placer posible.

Maysa se olvidó de su resistencia. A medida que las embestidas de él aumentaron, le acarició la espalda gozando de su poder y recordando que una noche se había entregado a él por primera vez. Quiso concentrarse en los preciosos momentos que estaba viviendo y amarlo, solo amarlo.

Cuando Rafiq se derrumbó sobre ella con un gemido, Maysa empezó a llorar, a pesar de que no quería hacerlo delante de él por segunda vez en dos días.

–He vuelto a hacerte llorar. Lo siento.

Ella abrió los ojos y trató de sonreír.

–Estos momentos especiales son los que me hacen llorar, no tú. Son lágrimas de alegría.

–No sabía que se pudiera llorar de alegría.

–A veces es necesario. Es una salida emocional, por lo que no debes preocuparte.

–Pero me preocupo. Y me preocupa lo que sucederá cuando volvamos a separarnos.

–No vayamos a estropearlo hablando de eso. Todavía tenemos tiempo. Mañana es sábado, por lo que no tendré que trabajar.

–Quiero estar contigo todo el fin de semana. No quiero separarme de ti ni un minuto.

–Entonces, soy tuya –durante el fin de semana. Después, ¿quién podía saberlo?

–Tal vez debiéramos iniciar el tiempo que vamos a estar juntos en una cama de verdad.

–Estoy de acuerdo –afirmó ella con una sonrisa–. Creo que estoy tumbada encima de una raíz o puede que sea una tortuga.

–¿Volvemos desnudos al coche? –preguntó él.

Los dos se echaron a reír. Maysa quería que lo hicieran a menudo en el tiempo que les quedaba de estar juntos. Reservaría las lágrimas para cuando él se hubiera marchado.

Rafiq no recordaba haber experimentado una emoción tan intensa en su vida. Maysa dormía en sus brazos. Había pensado que la despertaría por la mañana besándola y que le haría el amor buena parte del día, que se perdería en ella todo el tiempo posible hasta que tuviera que volver a dejarla, obligado a buscar a una mujer más adecuada a ojos del consejo y del país. No conocía a otra mujer que fuera más adecuada para él que Maysa, pero no la sometería a la crueldad que implicaría convertirla en la reina.

Era extraño, pero el sentimiento de culpa por la muerte de Rima había disminuido. Sin embargo, volvió a invadirlo al pensar que había arrastrado egoístamente a Maysa a aquella aventura y que él sufriría las consecuencias al perderla por segunda vez.

Antes de que eso ocurriera, tenía muchas cosas que contarle, entre ellas todo lo referente a la noche de la muerte de Rima. Tal vez entonces Maysa comprendiera que no se merecía su cariño. Tal vea fuera así más fácil la separación. Cuando se confesara, no volvería a mirarlo del mismo modo y no lo perdonaría.

Al mirar su hermoso rostro y ver en él a la niña que había sido y a la mujer en que se había convertido, le susurró sin pensar:

–Te quiero.

Capítulo Ocho

A Maysa le encantaba que fuera lunes, porque se olvidaba del aburrimiento del fin de semana y se ponía a trabajar. Pero aquel día, con Rafiq durmiendo profundamente a su lado, detestó que fuera lunes.

En algo más de una hora tendría que irse a trabajar tras pasar el fin de semana con él. Habían sido los dos mejores días de su vida. Se había convertido en alguien irreconocible para sí misma, una mujer llena de energía sexual. Habían hecho el amor de muchas maneras y en muy distintos sitios. Había hecho cosas que nunca pensó que haría, pero la recompensa había sido espléndida. Él la había llevado a un paraíso basado en la experimentación y en la falta absoluta de inhibiciones. Habían renunciado a vestirse para simplificar las cosas cuando tuvieran ganas de hacer el amor, lo cual había ocurrido con mucha frecuencia.

Una vez satisfechos temporalmente, se abrazaban y hablaban del pasado, de la profesión de ella, de política y del papel de Rafiq en el futuro de Bajul; de todo menos de la despedida inminente.

Maysa se lo agradeció pues prefería centrarse en el presente y en momentos inolvidables como aquel.

Se puso a observar a Rafiq. Era extraordinariamente guapo, muy rico y poderoso, pero en aquel momento, con los ojos cerrados y la expresión relajada, parecía más un adolescente que el rey de Bajul, más inocente que experimentado.

Él comenzó a removerse y lo besó en la frente. Rafiq abrió los ojos despacio y sonrió sensualmente.

–Me sorprende que estés despierta.

–Tengo que marcharme a la clínica dentro de poco.

Él le acarició los labios con la punta del dedo.

–¿No puedes quedarte otro día conmigo?

–Es mi vida, Rafiq. Tengo una responsabilidad hacia mis pacientes y...

Se calló cuando él le puso la mano en un seno. Tenía que levantarse inmediatamente, antes de que la mano descendiera. En ese momento sonó el móvil de Rafiq. Lo agarró de la mesilla de noche y contestó a la llamada con un gruñido.

–¿Qué quieres, Zain?

Maysa le puso la cabeza en el hombro y la mano en el esternón y escuchó la conversión.

–Estaré ocupado una hora, pero puedes llamarme después si surge algo.

Entonces, de repente, Rafiq llevó la mano de Maysa por debajo de la sábana hasta lo que le iba a tener ocupado. Ella no la retiró.

Rafiq la miró a los ojos, sonrió y le hizo un guiño antes de seguir hablando. Ella comenzó a acariciarlo.

–¿Que qué estoy haciendo? Estoy pensando en montar durante un rato. Nos veremos esta tarde.

Rafiq dejó el teléfono y Maysa retiró la ropa de cama. Lo demás pasó muy deprisa: agarraron un preservativo, se acariciaron e hicieron el amor como si no hubiera futuro. Después de que hubiera acabado la frenética sesión, permanecieron abrazados mientras se calmaban sus cuerpos y recuperaban el aliento.

Sí, esos eran los momentos que más gustaban a Maysa. Los recordaría cuando fueran lo único que le quedara de Rafiq.

El sonido de la alarma la devolvió a la realidad.

–Tengo que prepararme para ir a trabajar –como Rafiq no decía nada, le preguntó–: ¿Pasa algo?

–Hay un problema con uno de los miembros del consejo –dijo él sin mirarla–. Tengo que volver al palacio esta tarde.

–¿Para quedarte?

–No lo sé. Dependerá del resultado de la reunión.

Ella se levantó y se puso una bata que había en una silla.

–Espero que todo salga bien.

–Y yo.

Por si acaso era la última vez que estaban juntos, ella decidió proponerle algo que no rechazaría.

–Voy a ducharme. ¿Quieres ducharte conmigo?

–Me ducharé en el otro cuarto de baño. Cuando te hayas vestido, hablaremos de algunos asuntos.

–Muy bien, hasta dentro de un rato –dijo ella, con el miedo en el cuerpo.

Mientras se duchaba, trató de convencerse, sin lograrlo, de que debía tratarse solo de los deberes de Rafiq y no de su relación con ella.

Cuando entró en el salón, él estaba sentado en el diván, con la cabeza agachada y las manos enlazadas entre las rodillas. Al mirarla, ella observó la preocupación en sus ojos.

Maysa tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta.

–Estoy casi segura de lo que me vas a decir.

Él suspiró y se recostó en un cojín.

–No tienes forma de saberlo hasta que te lo diga. Y cuando lo haga, tu opinión de mí cambiará.

–Rafiq, sabíamos que el tiempo de estar juntos se acabaría.

–Estás equivocada. No se trata de nosotros.

–¿Ha pasado algo en el palacio en tu ausencia?

–No, lo que tengo que decirte es lo que sucedió la noche en que murió Rima. Llevo mucho tiempo cargando con ese peso.

–Te escucho.

–Esa noche, poco después de cenar, ella entró en mi despacho y me dijo que estaba embarazada. Me alegré al saberlo, pues esperaba que un hijo nos hiciera recuperar la amistad. Pero ella no era de la misma opinión.

–¿No estaba contenta ante la llegada de un bebé? –preguntó Maysa, que había creído notarlo cuando Rima fue a verla.

–No. Le pedí que lo anunciáramos oficialmente, pero se negó alegando que no quería que nadie lo supiera hasta las dos primeras semanas de embarazo.

–¿Estás seguro de que no estaba embarazada de más tiempo?

–Sí. ¿Por qué lo preguntas?

Maysa se hallaba en un dilema: respetar la confidencialidad de una paciente o decirle la verdad a Rafiq. Optó por lo primero.

–Perdona. Eras su esposo, por lo que debías saber cuándo concibió.

–Sé la noche exacta en que se quedó embarazada. Yo había vuelto de una misión diplomática por varios países y fue la primera vez en varios meses que me dejó acostarme con ella, y solo después de insistirle en que quería un heredero.

Maysa pensó que Rafiq no podía ser el padre si estaba de viaje en el momento en que Rima verdaderamente se había quedado embarazada.

–Me habías dicho que pasó algo más esa noche, ¿qué fue?

–Discutimos sobre lo del anuncio oficial y me dijo que no le importaba estar embarazada, pero que quería el divorcio. Le dije que era imposible.

–Supongo que eso la enfadaría aún más.

–Sí, pero lo peor fue cuando la amenacé con ir a buscarla si se marchaba del país después de dar a luz, para traer al bebé de vuelta al palacio. Le dije que no podría tener relación alguna con él. Ella me contestó que no lo consentiría y, entonces, la eché del palacio. Fui yo quien le ordenó que le llevaran el coche que condujo esa

noche.

Maysa sabía adónde había ido Rima, al mismo sitio donde en aquel momento estaban hablando.

–¿Lo sabe alguien más?

–Sólo mi secretario, el señor Deeb, que pidió el coche. Ahora, ya lo sabes todo.

Ella sí, pero él no. Si le contaba la verdad, destruiría todo lo que se había esforzado tanto en conseguir, a causa de que el tercero en discordia era carne de su carne y sangre de su sangre.

–Entenderé que decidas marcharte y no volver a verme –añadió él suspirando.

–Si esperas que te juzgue con severidad, no lo haré. Eres humano y falible. Todos cometemos errores y, si no podemos enmendarlos, lo único que nos queda es aprender de ellos.

Él se quedó perplejo ante sus palabras.

–Merezco que me condenes. ¿Qué hombre honorable amenaza a su esposa con separarla de su hijo y la envía a la muerte?

–Un hombre encolerizado. Y no podías saber que Rima tendría un accidente. Su muerte no fue culpa tuya.

–Me parece increíble que me perdones tan fácilmente.

–Pues lo hago, Rafiq. Y lo más importante es que ya es hora de que te perdones a ti mismo.

También había llegado la hora de contarle la verdad sobre Rima y Shamil. Pero, tras mirar el reloj que había en la pared, decidió esperar, ya que tenía que irse a la clínica. Iba a llegar tarde.

Se levantó y besó a Rafiq en la mejilla.

–Seguiremos hablando cuando vuelva esta noche.

–Aquí estaré. No soporto la idea de que nos separemos hoy.

Ni ella la idea de separarse nunca. Pero tal vez él no estuviera tan dispuesto a quedarse cuando supiera la verdad y cuánto tiempo había estado ella ocultándosela.

–Tengo que irme.

Rafiq se levantó, la tomó de la mano y la acompañó a la puerta, donde la besó y se despidió de ella.

De camino a la clínica, Maysa reflexionó sobre lo que Rafiq le había contado, especialmente acerca del hecho de que Rima le hubiera mentido sobre el tiempo que llevaba embarazada. Estaba convencida de que Rafiq no era el padre del hijo de Rima. En cuanto hiciera una pausa en el trabajo llamaría por teléfono a su hermano para enfrentarlo a la verdad.

El móvil le comenzó a sonar. Lo sacó del bolso y comprobó que, casualmente, era Shamil quien la llamaba.

–Hola, Shamil.

–Hola, querida hermana. ¿Te gusta ser la prostituta del rey?

Era evidente que los rumores habían llegado hasta Yemen.

–No es propio de ti hacer caso de rumores sin fundamento.

–Es verdad, pero creo lo que he visto con mis propios ojos. Hace unos minutos os habéis besado apasionadamente en la puerta de uno de mis chalés.

El pánico se apoderó de ella.

–¿Dónde estás?

–Estoy a punto de ir a visitar a su majestad, algo que debía haber llevado a cabo hace tiempo. He hecho análisis de conciencia mientras estaba fuera y he decidido que ese canalla debe saber la verdad.

Maysa detuvo el coche al borde de la carretera.

–Los guardias no dejarán que te acerques.

–Te equivocas. He anunciado al rey que iré a verle y me ha contestado que estará encantado de reunirse con un viejo amigo.

–¿Te consideras amigo suyo cuando has traicionado su confianza acostándote con su esposa?

–No eres quién para juzgarme después de haberte abierto de piernas para él en mi centro de vacaciones. Me causará un enorme placer exigirle que se marche inmediatamente.

–Shamil, por favor, piensa en lo que vas a hacer.

–Ya lo he pensado, y nada de los que digas me impedirá vengarme.

Shamil colgó y Maysa se apresuró a dar la vuelta en el coche. Si Shamil estaba dispuesto a cumplir su amenaza, no quería que Rafiq se enfrentara a la verdad solo. Esperaba que no fuera tarde.

En otra época, a Rafiq le hubiera gustado ver al que fuera su amigo íntimo, pero, tras haber sabido por Zain que Shamil trataba de impedir que se llevara a cabo el proyecto de conservación del agua, no le hizo ninguna gracia su inesperada aparición.

–Creía que íbamos a vernos a las cuatro de la tarde en el palacio.

–Y yo creo que esta reunión no puede esperar.

Cuando Shamil entró en el chalé sin la debida invitación, los guardias lo siguieron. Rafiq levantó la mano para detenerlos.

–Quedaos aquí. Os llamaré si os necesito.

Rafiq volvió al interior y vio que Shamil ya se había puesto cómodo sentándose en una silla frente al diván.

–Siéntate en el sofá, por favor.

Shamil lo hizo y adoptó una postura relajada, aunque distaba mucho de estar tranquilo.

–Que hayas venido cuando no estabas convocado es una acto de insubordinación, pero te perdono por nuestra pasada amistad.

–Pues yo no puedo perdonarte que sedujeras a mi hermana, pero supongo que era una presa fácil.

–Me niego a hablar de Maysa contigo.

–Entonces, vamos a hablar de la otra mujer que hubo en tu vida hasta que la condujiste a la muerte.

Rafiq a duras penas pudo contenerse.

–Tampoco voy a hablar de Rima.

–Pues lo haré yo. Lo sé todo sobre vuestra comedia de matrimonio, hasta el último detalle. ¿A quién crees que le contaba Rima lo desgraciada que se sentía por estar casada con alguien como tú?

Rafiq recordó que ella le había dicho que había cenado con Shamil unas semanas antes de morir.

–Sé que ella y tú seguíais siendo amigos y que hablabais de vez en cuando. Todos éramos amigos.

–¿Amigos? –Shamil soltó una carcajada–. Nunca fuiste amigo de Rima, sino su captor, y ella, tu prisionera.

Rafiq comenzó a temer que Shamil supiera mucho más de lo que inicialmente había creído.

–Estábamos ligados por un contrato firmado hacía mucho tiempo. Ella aceptó su papel de esposa y reina.

Shamil se inclinó hacia delante y lo miró con desdén.

–¿Te molestó saber que no eras su primer amante?

–Me daba igual lo que hubiera hecho antes de casarnos. Lo único que le pedí es que me fuera fiel después de la boda.

–¿Y tú lo fuiste?

–Sí –nunca había sucumbido a la tentación.

–Tal vez físicamente, pero no mentalmente. Continuaste deseando a mi hermana.

–No sabes lo que dices –mintió Rafiq.

–Cuando obligabas a Rima a someterse a tus deseos en la cama para engendrar otro arrogante Mehdi, ¿no te imaginabas que a quien penetrabas era a Maysa?

Rafiq tuvo que contenerse para no agarrarlo por el cuello. Masculló un insulto.

–Mi madre no tiene nada que ver con esto. Era una buena mujer. Por desgracia, parece que Maysa no ha heredado su bondad, ya que solo ha causado vergüenza a nuestra familia al divorciarse de su

esposo y, ahora, al acostarse contigo.

–¿Sabes lo que le hacía Boutros? ¿Sabes que la torturaba? ¿O no te importa?

Shamil no se alteró, lo que le hizo pensar que no le importaba.

–Maysa, en general, tiende a exagerar, y creo que lo hizo al acusar a Boutros.

Rafiq odió al hombre que había sido su amigo.

–En otro tiempo te respeté, Shamil, pero veo que estás sediento de poder y no tienes conciencia. No es de extrañar que no hayas encontrado esposa. Ninguna mujer se atrevería a unirse a ti.

–Tu esposa no era de la misma opinión. Si no hubiera estado ligada a ti por contrato, hubiera estado conmigo. De hecho, lo estuvo muchas veces cuando estabas de viaje. ¿No te extrañaba que prefiriera siempre quedarse?

–Tenía deberes que cumplir en palacio.

–Lo que tenía era aversión a estar contigo. Y, para que lo sepas, yo fui su primer y último amante.

–Mientes.

–No miento. Aquella fatídica noche vino a verme cuando la expulsaste de palacio. Me dijo que la habías amenazado con quitarle a su hijo.

–Eso solo demuestra que quería que la aconsejaras.

–Vino a verme en busca de consuelo, que le di en la cama. Si quieres confirmarlo, pregúntale a mi hermana.

–¿Qué tiene Maysa que ver con todo esto?

–Nos vio a Rima y a mí aquí mismo esa noche.

Si Shamil decía la verdad, Rafiq no entendía por qué Maysa le había ocultado esa información. Lo averiguaría, pero, primero, debía tratar con aquel canalla.

–Puedo hacer que te ahorquen por esto.

Shamil no pareció asustarse ante la amenaza.

–Pero no lo harás. Tengo poder para detener el proyecto de conservación del agua y para arruinar tu prestigio ante el pueblo. Cuando sepan que expulsaste a la reina de su hogar, lo cual la llevó a la muerte, no te perdonarán fácilmente.

Rafiq sabía que era verdad, pero no iba a dar a Shamil la satisfacción de reconocerlo.

–El pueblo sabe que su muerte fue un accidente, y no necesito tu voto para que el proyecto salga adelante, porque cuento con el apoyo de la mayoría del consejo.

–Entonces, ten en cuenta que si se sabe que has tomado como amante a una mujer marcada, arrastrarás a Maysa en tu caída.

Desde que me nombraste ministro de Sanidad comencé a establecer contactos en el campo médico y conseguiré que le quiten la licencia para poder ejercer.

–Tendrías que disponer de pruebas –afirmó Rafiq fulminándolo con la mirada–. Un rumor infundado no lo es.

–Sí, pero es sorprendente la facilidad con la que puede aparecer la prueba de un grave error médico, sea o no cierto.

Sin poder contenerse más, Rafiq se levantó de un salto y le señaló la puerta.

–Vete.

Shamil soltó una carcajada siniestra.

–¿Me echas de mi propiedad?

–Sí, y si no te marchas haré que mis guardias te saquen a la fuerza y te conduzcan al aeropuerto. Me son leales y no controlo lo que puedan hacerte durante el viaje. Resulta muy difícil sobrevivir en la montaña sin provisiones, ropa ni medio de transporte.

Por primera vez, los ojos de Shamil expresaron miedo.

–No te atreverás a dar esa orden, ya que serías el primer sospechoso.

No lo haría, pero dejaría que Shamil lo creyera.

–Es sorprendente la facilidad con la que la gente desaparece de modo misterioso. Puesto que probablemente nadie sepa que has venido a verme, y como es bien sabido que actualmente vives en Yemen, tardarían en echarte de menos.

Shamil se dirigió a la puerta y la abrió. Pero, antes de salir, se volvió hacia Rafiq.

–Cuando veas a Maysa, da recuerdos a esa zorra.

Furioso, el rey Rafiq Mehdi, que siempre se había enorgullecido de no perder los estribos, cruzó la habitación y le dio un puñetazo en pleno rostro.

Capítulo Nueve

Maysa llegó en el momento en que el puñetazo de Rafiq lanzaba a su hermano contra una columna. Observo, horrorizada, que los guardias contenían a Rafiq para que no lo persiguiera, momento que aprovechó Shamil para darle un puñetazo en la mandíbula. Aparecieron otros dos guardias, que agarraron a Shamil y le pusieron los brazos detrás de la espalda.

Al principio, Maysa no se movió hasta que reaccionó y agarró el maletín. Corrió hacia Rafiq, pero los guardias la detuvieron.

–Soltadla –gritó Rafiq al tiempo que se secaba con la manga la sangre que le manaba de la herida.

–¿Me ha roto la nariz, Maysa? –preguntó Shamil.

Ella lanzó una rápida mirada a la herida.

–Sí, parece que está rota. Tendrás que ir a urgencias.

–¿No vas a curarme tú?

–No.

–¡Zorra!

–Tal vez lo sea, pero al menos voy con la verdad por delante.

–Llevadlo al hospital –ordenó Rafiq a los guardias.

Shamil parecía aterrorizado.

–Iré solo.

–Quedarás detenido hasta que decida lo que hacer por haberme atacado.

–¿Me dejarán en el hospital sano y salvo?

–Llamaré yo para decirles que vas –dijo Maysa. Era el único favor que estaba dispuesta a hacerle.

Mientras los guardias le conducían a un coche, Shamil se volvió y miro con odio a Rafiq.

–Recuerda lo que hemos hablado.

Rafiq masculló una maldición al entrar en el chalé, antes de que Maysa llegara a su lado. Lo siguió y cerró la puerta.

En el salón, Rafiq iba de un lado a otro con los puños apretados como si quisiera golpear algo más.

–Mira, Rafiq, sé que estarás enfadado conmigo...

–No estoy enfadado contigo –dijo él sin mirarla–. Estoy enfadado por haber perdido los estribos, por hacer el ridículo y haberos fallado.

–¿A quién le has fallado? –preguntó ella, aunque ya sabía la respuesta.

A mi esposa y a ti –afirmó él mirándola por fin.

Ella dejó el maletín en la mesa con la esperanza de que Rafiq le permitiera ocuparse de la herida..

–Rima y tú os fallasteis mutuamente. Para empezar, no debíais haberos casado. Pero lo hicisteis, ella buscó a otro hombre y todo acabó en tragedia. Da igual lo que pasara aquella noche: pasó y no hay vuelta atrás.

Él se detuvo en medio de la habitación.

–¿Desde cuándo sabes lo de su relación con Shamil?

–Me lo dijo él el día en que llegaste a mi casa. Lo sospechaba, pero no lo había confirmado.

–Sin embargo, no me lo contaste.

–Shamil me amenazó con arruinarme la carrera. En ese momento, era lo que más me importaba –antes de que Rafiq se convirtiera en lo más importante de su vida–. Tú y yo apenas nos hablábamos. No tenía ni idea de que volveríamos a conectar como lo hemos hecho.

–Pero cuando lo hicimos tampoco me lo dijiste. Debieras haberlo hecho, Maysa.

–Entonces, estás enfadado.

–Decepcionado porque no creyeras que podías contármelo después de lo que te expliqué esta mañana.

–Pensaba hacerlo esta noche, por si te sirve de consuelo. Y hay algo más que debes saber.

–Llegados a este punto, nada de lo que digas me sorprenderá.

–Debieras sentarte, por si acaso.

–Prefiero estar de pie.

–Es sobre el hijo que esperaba Rima. Shamil era el padre. Lo he descubierto esta mañana, cuando me has dicho cuánto tiempo llevaba embarazada. Rima estaba a punto de entrar en el segundo trimestre.

–¿Cómo lo sabes?

Maysa se sentó en una silla que había en un rincón.

–Vino a verme para confirmar que estaba embarazada y no entendí por qué. Ahora creo que no quería acudir a uno de los médicos del palacio por miedo a levantar sospechas, ya que estabas de viaje cuando ella se quedó embarazada.

–Me consuela poco saber que el niño no era mío –afirmó Rafiq suspirando–. Se perdió una vida inocente, con independencia de quién fuera el padre, y me resulta muy triste.

Sus palabras demostraban la magnitud de su honor. Otros hombres se hubieran sentido aliviados.

–¿Te habló Shamil del bebé?

–No, aunque me cuesta creer que Rima se lo ocultara.

–No me gusta hablar mal de los muertos, pero a Rima le gustaba aparentar. Creo que no se hubiera divorciado de ti por Shamil por el escándalo que hubiera supuesto, pero se lo dio a entender para que le prestara atención.

–¿La que no le prestaba yo?

–No hubiera importado que te dedicaras a ella las veinticuatro horas del día; Rima nunca tenía bastante.

–No sabía que tuvieras tan mala opinión de ella.

–Desde que éramos compañeras de escuela deseaba atraer tu atención y estaba dispuesta a lo que fuera con tal de conseguirlo.

Maysa se levantó y le indicó el sofá.

–Debo examinarte ese corte.

Él se sentó y ella le aplicó un antiséptico y le puso grapas para cerrar la herida.

–Si tienes cuidado, esto la mantendrá cerrada. Si se abre, tendrán que darte puntos.

Rafiq la agarró de la muñeca.

–¿Qué vamos a hacer con respecto a nosotros?

–¿Acaso hay un nosotros, Rafiq?

Él la soltó.

–Shamil me ha amenazado con hacer pública nuestra relación. Tendremos que ser precavidos si continuamos viéndonos.

–Entonces, supongo que lo mejor es que lo dejemos ahora, como habíamos planeado.

–¿Estás dispuesta a marcharte después de lo que hemos compartido?

Ella tuvo que reunir todo su valor para responder.

–Sí, porque no estás dispuesto a desafiar la tradición y a tener una relación abierta conmigo.

–Hacerlo te convertiría en objeto constante de burla y desprecio.

–¿Estás seguro de que no te estás refiriendo a ti mismo?

–Soy el rey y lo seguiré siendo con independencia de lo que piensen de mí, pero encontraré resistencias en el consejo cuando intente tomar decisiones que afecten al país. La mayoría seguirá aferrándose a las antiguas costumbres.

–Entonces, también se trata en parte de tu reputación y de que te niegas a rechazar esas costumbres.

–Solo trato de protegerte, Maysa.

Ella sintió una mezcla de ira y resentimiento.

–Me divorcié de un esposo que era, básicamente, un terrorista. Dejé mi patria por un país extranjero y me fui con lo puesto. Acabé la carrera de Medicina y volví a Bajul para enfrentarme al desprecio, y he sobrevivido. ¿Qué te hace creer que necesito protección?

–Me preocupáis tú y tu bienestar.

–Si de verdad te preocuparas por mí, Rafiq, no me propondrías que fuera tu prostituta, como ha dicho Shamil. Por eso, considera tu descanso oficialmente acabado y nuestra relación concluida. Puedes volver al palacio cuando quieras. Sabré guardar tus secretos. Ahora debo volver a la clínica para aprovechar lo que queda del día.

Por miedo a volver a pensárselo o a echarse a llorar, Maysa agarró el bolso y se dirigió a la puerta. No tuvo tiempo de abrirla, ya que Rafiq la siguió y la agarró por la cintura.

–No puedo dejar que te marches por segunda vez.

–Pues no lo hagas y acepta mis condiciones.

Él hizo que se girara para que lo mirara.

–No puedo fallarte como le fallé a Rima. No soportaría que me odiases. Si para evitarlo tengo que dejarte marchar, no tendré más remedio que hacerlo.

Cada una de sus palabras fue arrancando un pedazo del corazón de Maysa.

–Todo el mundo puede elegir, Rafiq. Lo que debes decidir es si estás dispuesto a arriesgarte a hacerlo o prefieres seguir instalado en lo cómodo y lo seguro. No voy a ser segundo plato ni a aceptar que elijas a otra mujer por esposa y vuelvas a casarte sin amor con el fin de tener herederos. O estamos juntos de verdad o no lo estamos. Todo o nada.

Contuvo la respiración y esperó su respuesta. Sus esperanzas aumentaron cuando él la abrazó con fuerza, pero se derrumbaron cuando le dijo:

–No quiero arriesgarme a que vuelvas a sufrir por mi culpa.

Ella se apartó.

–Entonces, te deseo suerte, Rafiq. Y, por favor, no trates de llamarme porque no contestaré.

–¿Me concedes un último deseo antes de marcharte?

Ella observó el dolor que había en sus ojos, pero trató de no hacerle caso.

–Depende del deseo.

–¿Me das un beso de despedida?

La mente de Maysa rechazó su deseo mientras el corazón le

decía que consintiera. Y lo haría por lo que habían sido el uno para el otro.

Le puso la mano al cuello y atrajo los labios de él hacia los suyos. Se besaron unos segundos, hasta que ella se separó por miedo a romper a llorar.

–Buena suerte, Rafiq.

–Te quiero, mi amor.

¿Cuánto llevaba ella esperando oír esas palabras? Llegaban demasiado tarde.

–Yo también te quiero. Te quise desde que te conocí, pero me parece trágico que vivamos en un sitio donde no basta el amor.

Las dos semanas siguientes a la despedida, Maysa se dedicó de lleno a trabajar. Las noches eran lo más difícil y le costaba conciliar el sueño.

Aquel día volvía a sentirse más ella misma. Estaba dispuesta a afrontar cualquier reto. Pero no se esperaba encontrar en la consulta a Madison.

–¿Qué haces aquí?

–Adivínalo.

–Espero que estés resfriada o que sufras alguna otra enfermedad de escasa gravedad.

–No sé qué me pasa exactamente. Esta mañana he tenido náuseas y estoy cansada. Ser madre de trillizos es agotador.

–Querrás decir gemelos.

–Cuento también al padre. ¿Sabes que no tiene ni idea de cómo doblar una toalla?

–Claro que no sabe hacerlo, porque siempre ha habido alguien que se lo hiciera.

–Sí, yo. Me niego a que los criados hagan algo que puedo realizar por mí misma.

Aunque estaba encantada de hablar con Madison, Maysa tenía seis pacientes más antes de que la jornada acabara.

–Volvamos a los síntomas. ¿Podrías estar embarazada?

–Ni idea. Sigo teniendo reglas irregulares.

–Te lo preguntaré de otro modo: ¿has tenido relaciones sexuales sin protección?

–Sí, el día que fuimos al lago.

El día que se habían pasado por casa de Maysa para hablarle de los rumores que corrían.

–Tenía que haberos dado preservativos.

–Zain detesta usarlos.

–También Ra... –se mordió la lengua–. Hay muchos hombres que no quieren usarlos, pero son necesarios para evitar enfermedades o embarazos.

–No te preocupes, sé que Rafiq y tú os acostabais. Lo supe en cuanto os vi juntos en tu casa.

–Entonces, aún no lo habíamos hecho.

–Pero lo hicisteis después, ¿verdad?

Maysa trató de cambiar de tema.

–Vamos a hacerte una prueba de embarazo, por si acaso. Sacó una caja de un armario y se la entregó a Madison–. Ya conoces el procedimiento. El servicio está al otro lado del vestíbulo.

Cuando Madison hubo salido, Maysa se preguntó si debiera preguntarle por Rafiq, pero no le pareció acertado porque le afectaría mucho enterarse de que había empezado a buscar esposa.

Cuando Madison volvió, Maysa dijo:

–Dentro de diez minutos sabremos la respuesta.

–Me parece que ya he vivido la misma situación cuando me hiciste la última prueba de embarazo. Debiéramos dejar de vernos así.

Maysa se echó a reír.

–Si, pero es mejor que sea por esto que no porque tengas un enfermedad grave.

–Es verdad.

–¿Cómo están los niños?

–Bien. Engordando como cerditos.

–¿Y Zain?

–Muy bien. Está muy ocupado con lo del proyecto del agua, pero nunca está cansado para... Ya sabes para qué.

–¿Y Elena y Adan?

–Bien. Puedes preguntarme por él, Maysa.

–De acuerdo. ¿Cómo está?

–Muy mal. Se ha convertido en el rey más malvado de Oriente Medio. No deja de dar órdenes, y se niega a venir a cenar con nosotros. Y no deja de ir de un lado a otro. Me gustaría pegarle el trasero a una silla.

Maysa sonrió por el comentario de Madison y porque le complacía saber que Rafiq lamentaba, hasta cierto punto, su decisión.

–Está nervioso.

–Sufre mal de amores. Te echa de menos, Maysa. No sé qué habrá pasado entre vosotros y no tienes por qué contármelo.

Pero Maysa necesitaba contárselo a alguien y se fiaba de Madison.

–Es cuestión de tradiciones arcaicas. Él no puede tener una relación con una divorciada y yo me niego a ser su amante.

–No te culpo. Sé lo de Rima y tu hermano y que el bebé no era de Rafiq.

–¿Te lo ha contado él?

–No, se lo dijo a Zain y él me lo contó. No hay secretos entre nosotros. También le preocupa que Shamil divulgue esa información.

–Podría ser muy perjudicial, desde luego. Parece que a la gente le gustó Rima desde el primer momento.

–A mí no me gustaba. Me parecía muy fría. Tal vez soy un poco dura. No llegué a conocerla bien.

–Era una persona distante.

–¿La conociste antes de que se comprometiera con Rafiq?

–En realidad, en aquella época Rafiq y yo estábamos juntos.

Madison la miró compasivamente.

–Tiene que haber sido difícil aceptar que iba a quitarte al hombre al que querías y que no podrías hacer nada para evitarlo.

–Lo fue. A veces, ella intentaba por todos los medios flirtear con Rafiq en mi presencia. Pero, entonces, éramos adolescentes.

–Hablando de adolescentes. ¿Sabes que Rima se acostó con Adan cuando él tenía diecisiete años?

A Maysa le resultó difícil creer que Adan hubiera traicionado a su hermano.

–¿Estás segura?

–Totalmente. Adan me lo contó la noche de la boda. Me dijo que ella había discutido con su verdadero amor y que recurrió a él en busca de consuelo. Como Adan es como es, aprovechó la oportunidad. Cuando pensé, erróneamente, que Rima había discutido con Rafiq, Adan me dio a entender que era otra persona. Supongo que se refería a tu hermano.

–¿Lo sabe Rafiq?

–Creo que no y espero que Adan no tenga una repentina crisis de conciencia y se lo cuente. Ya tiene bastante con haberte perdido. Me gustaría que lo solucionarais para evitarnos a todos lo que estamos pasando.

–Para solucionarlo, uno de los dos tendría que ceder, y no voy a ser yo. Y dudo mucho que lo vaya a hacer él.

–Nunca se sabe, Maysa. Fíjate en lo que hizo Zain para estar conmigo: renunció a la corona y se vino a vivir a Estados Unidos.

Pero Maysa sabía que Rafiq no haría nada tan drástico con respecto a su deber.

Como habían pasado ya los diez minutos, Maysa tomó la prueba para leerla.

–No estás embarazada.

Madison bajó los hombros.

–En cierto modo, estoy decepcionada; pero, básicamente, me alegro. No creo que Zain ni yo pudiéramos educar a otro niño teniendo a los gemelos. Al menos, hasta dentro de un par de años.

Maysa tiró la prueba a la papelera y sonrió.

–Si eso sucede, ven a verme para que te lo confirme. Lo celebraremos según nuestra tradición.

–Tal vez para entonces seas tú la que necesites una prueba de embarazo.

Era poco probable.

Madison la abrazó y, antes de salir, le dijo:

–No te des por vencida. Puede que se case contigo y diga a todo Bajul que se vaya al infierno.

Maysa pensó que eso sería un milagro.

Capítulo Diez

–¡Es un milagro ¡Estás sentado!

Al oír una voz con acento británico, Rafiq alzó la vista de sus notas y vio que Adan entraba en el despacho, seguido de Madison y Zain.

–No recuerdo haberos llamado.

Zain se sentó en una silla sin pedir permiso.

–Como no nos has llamado en respuesta a nuestra petición de celebrar una reunión familiar, hemos tomado la iniciativa y hemos venido a verte.

Rafiq agarró la pluma de oro con las dos manos y la fuerza suficiente para partirla por la mitad.

–El consejo se reúne mañana por la tarde y debo prepararme. Por tanto, esta reunión ha concluido.

–No vamos a irnos hasta que nos escuches –dijo Adan mientras se sentaba en el borde del escritorio.

–Entonces, hablad y acabemos de una vez. Pero daos prisa o me marcharé a mi habitación y cerraré la puerta con llave.

Zain y Adan se miraron. Madison se había quedado un poco alejada de ellos.

–Estamos aquí por Maysa.

Oír su nombre llenó de pesar a Rafiq, el mismo que había sentido desde que se separaron.

–¿Os ha llamado?

–No sabe que estamos hablando de ella –prosiguió Adan. Pero, como parece que la has dejado en la estacada, nos ha parecido necesario defenderla. En otras palabras, ruégale que volváis a estar juntos.

–Es imposible. Su relación conmigo solo serviría para destruir su buena reputación como médico en la comunidad. Ya ha sufrido bastante.

–Si te refieres a su condición de divorciada –afirmó Zain– en Estados Unidos es muy habitual que la gente cambie de cónyuge con tanta frecuencia como de ropa interior.

–¿Debo recordarte que aquí no tenemos las mismas leyes ni las mismas costumbres?

–No hace falta, lo sé por experiencia. Tal vez se te haya olvidado

que yo elegí casarme con Madison y que mi decisión no nos ha causado perjuicio alguno.

–Ya no eres rey, Zain, me cediste el honor. Mi vida privada se examina con lupa todos los días, y no estoy dispuesto a someter a Maysa a ese escrutinio.

–Pero sí lo estás a que todos tengamos que soportar tu mal humor porque piensas tanto en ella que eres incapaz de actuar con normalidad –replicó Zain.

–La decisión de cortar toda relación con ella no ha afectado a mi deber.

–¡Maldito sea el deber, Rafiq! –exclamó Adan–. El deber no sustituye el cariño de una mujer ni te exculpa por castigar a todo el mundo por tus fallos.

–Si sabes lo que te conviene, Adan, déjame en paz.

Madison levantó la mano como si estuvieran en un aula.

–¿Puedo decirte una cosa, Rafiq?

–Por favor –contestó él haciéndole un gesto para que se acercara.

–Solo quería decirte que, cuando he llevado a pasear a los gemelos por el pueblo, he hablado con algunos de tus súbditos y todos creen que estás haciendo una gran labor.

–Me alegra oírlo. Razón de más para no producir un escándalo.

–Asimismo, me he tomado la libertad de indagar en el pasado de Boutros Kassab. Según los contactos que tengo en Europa, tiene una historia de violencia contra las mujeres, concretamente contra tres exesposas y una amante, aunque se sirvió de su influencia para que se retiraran los cargos.

–Es un tirano, por lo que no me extraña.

–Puesto que Boutros maltrató a Maysa, podríamos filtrar esa información. Así, cuando decidas hacer pública vuestra relación, la gente sabrá la razón por la que se divorció de su esposo.

Rafiq se dio cuenta de que se había equivocado al confiar en Zain.

–¿Le has contado lo que sufrió Maysa cuando te insistí en que no se lo dijeras a nadie?

–No hay secretos entre Madison y yo. Solo intenta que seas feliz, y no lo serás hasta que no estés con Maysa –Zain se levantó y le pasó el brazo por los hombros a su esposa.

–Gracias, cariño –dijo ella–. Por cierto, Maysa me ha confirmado que no estamos embarazados.

–Entonces, tendremos más tiempo para practicar en los dos próximos años –dijo Zain después de besarla en la boca.

–¡Por Dios! –exclamó Adan–. Parad de una vez u os mando a vuestro dormitorio.

–Nos tienes envidia porque no consigues estar mucho tiempo con una mujer.

Rafiq dio un golpe en la mesa.

–¡Basta! Puedo resolver mis problemas yo solo. Madison, te agradezco tu ayuda, pero sacar a la luz la historia de Boutros obligará a Maysa a revivir un pasado que desea olvidar y abrirá viejas heridas que están empezando a sanar.

–Comprendo tu decisión –afirmó ella– y puedes estar seguro de no revelaré a nadie esa información.

–Ya he respondido a vuestras preguntas, así que, si me perdonáis... –dijo Rafiq levantándose.

–Aún no has respondido a las mías.

Acababa de entrar Elena.

–Te responderé solo a una, Elena.

–Me responderás a todas las que te haga. La primera: ¿quieres a Maysa?

–Eso es un asunto privado.

–Reconócelo, Rafiq –dijo Adan.

–¿La quieres? –repitió Elena.

–Sí, la quiero. ¿Estás satisfecha?

–¿La quieres lo suficiente como para enfrentarte a la tradición y proclamar que será tu compañera de por vida?

Como Rafiq no contestaba, Elena se acercó al escritorio.

–Tienes dos opciones: hacer caso omiso de la opinión pública y pedirle a Maysa que se case contigo. O acabar como yo: solo.

–Nunca has dado muestras de que estar sola fuera un problema para ti.

–Nunca he estado físicamente sola, pero me he sentido sola, Rafiq, porque me he pasado la vida queriendo a un hombre que se negó a reconocer nuestra relación por miedo a desbaratar los planes reales.

–¿A qué hombre te refieres, Elena?

–A nuestro padre, estúpido –intervino Adan–. Llevo años sospechándolo.

–¿Cómo lo supiste? –preguntó Elena, perpleja.

–Una noche llegué tarde de la academia y te vi entrar en su suite. Supuse que todos lo sabían, pero que nadie había dicho nada por respeto a tu intimidad.

–¿Eras tú la que dormía con el rey? –preguntó Zain, tan estupefacto como Rafiq.

Elena alzó la barbilla con los ojos empañados de lágrimas.

–Sí, hasta el día antes de su muerte. Y no fui responsable de ella, sino de proporcionarle muchos momentos memorables en sus últimas horas en este mundo.

–Bien hecho –afirmó Adan besándola en la mejilla–. Y ya que estamos confesándonos... –se volvió hacia Rafiq– siento haberme acostado con tu esposa.

–¿Cómo? –preguntó Rafiq, en estado de shock.

–Antes de que me pegues, querría añadir que solo tenía diecisiete años cuando lo hice. Rima se había peleado con Shamil y vino a mí en busca de consuelo.

–¿Sabías que Rima y Shamil eran amantes?

–Suponía que todos lo sabían –respondió Adan encogiéndose de hombros.

–¿Quieres tú confesarme algo? –preguntó Rafiq a Zain mientras lo fulminaba con la mirada.

–Juro solemnemente que no me acosté con tu esposa.

–Me alegro de saberlo, cariño –dijo Madison.

–Es hora de olvidar el pasado –afirmó Elena–. Rafiq, eres tan buen líder como tu padre, pero puedes ser mejor hombre y vivir la vida para la que estás destinado con Maysa; o puedes volver a casarte y ser desgraciado hasta el fin de tus días.

O quedarse solo. Ya no tenía necesidad de un heredero, porque Zain tenía hijos.

–Reflexionaré sobre lo que todos me habéis dicho –le dijo a Elena.

–Sé que tomarás la decisión correcta, como te he enseñado a hacer –afirmó ella–. No olvides que lo que convierte a un hombre en un verdadero rey y en un héroe es el honor.

Era evidente que lo había olvidado en las semanas anteriores.

–Os ruego que me dejéis solo.

–Tengo que saber algo más –dijo Zain–. No tiene que ver con Maysa, sino con su hermano. ¿Por qué no lo has expulsado aún del consejo?

Si lo hiciera, se arriesgaba a que Shamil revelara a la prensa su relación con Maysa. Pero si Rafiq hiciera público que estaba enamorado de ella, las maniobras de Shamil carecerían de importancia. Pero, como aún no había tomado esa decisión, contestó con una verdad a medias.

–Voy a pedirle primero que dimita. Si no lo hace, exigiré su expulsión.

–Yo optaría por humillarlo en la reunión de mañana

dispensándole de sus deberes –afirmó Zain–. Tal vez así se lo piense dos veces antes de atacar a otro Mehdi.

Cuando todos hubieron salido, Rafiq reflexionó sobre la sugerencia de su hermano. Retirarle el cargo a Shamil en público sería eficaz, pero primero debía decidir si retomaba su relación con Maysa de forma pública y permanente.

Recordó las palabras de Elena: podía ser mejor hombre que su padre, y Maysa lo ayudaría. En realidad, ya lo había hecho. Ella era más fuerte que muchos hombres, incluso, a veces, más que él. Era inteligente y resuelta, así como digna de respeto. Podía hacer mucho por su país y por él.

De pronto, no pudo soportar la idea de pasar otro día, y otra noche, sin ella. Después de tomar la decisión de enfrentarse a la tradición, necesitaba un plan. A medida que lo iba elaborando, sonrió por primera vez en mucho tiempo y rogó que lo que había planeado hiciera sonreír también a Maysa.

A Maysa no le hizo mucha gracia que el señor Deeb, el secretario de Rafiq, la llamara. Pero cuando supo que era para hablar de temas sanitarios ante el Consejo Real, su actitud cambió, deseosa de ilustrar a todos sus miembros.

Y allí estaba, en la antesala, esperando a que la llamaran. Por desgracia, tendría que ver a Rafiq y a su propio hermano, que, sorprendentemente, aún conservaba su puesto en el consejo.

El señor Deeb apareció en la puerta.

–Ya están dispuestos, doctora Barad.

Mientras trataba de estar tranquila, Maysa entró dando muestras de una seguridad en sí misma que no sentía. Para empeorar las cosas, al primero al que vio fue a Rafiq. No sabía lo que él sentiría, pero sí estaba segura de lo que ella sentía: añoranza.

–Caballeros –dijo él en árabe– todos ustedes conocen a la doctora Barad.

Ninguno la saludó, salvo Zain y Adan, aunque algunos le hicieron un gesto de asentimiento con la cabeza.

Rafiq le indicó que se sentara en la silla que había a su lado. Después de hacerlo, ella se dio cuenta de que estaba frente a su hermano.

Dirigió la atención al rey, que hablaba de la ampliación de los hospitales, y esperó pacientemente su turno para hacerlo sobre medicina rural.

Rafiq sonrió con amargura a Shamil.

–Jeque Barad, como ministro de Sanidad creo que no habéis supervisado correctamente el sistema sanitario de Bajul.

Shamil se puso colorado como un tomate y contestó:

–Me ofende su crítica, excelencia, pues he servido bien a nuestro pueblo.

–No estoy de acuerdo –dijo Rafiq en inglés–. Y a mí me ofende que te acostaras con la reina, canalla.

Maysa no sabía cuántos miembros del consejo hablaban inglés. La situación comenzó a resultarle divertida.

Su hermano se puso en pie tan bruscamente que tiró la silla.

–Te has pasado de la raya, Rafiq.

–Como no dimitas y te vayas inmediatamente, te acusaré de alta traición.

–¿Quieres convertir a mi hermana en un chivo expiatorio?

–No, pero voy a nombrarla ministra de Sanidad, si ella está de acuerdo –respondió Rafiq con una sonrisa burlona.

Maysa miro a los miembros del consejo y sus expresiones de confusión, y no supo si era porque Rafiq le había ofrecido un cargo en aquel organismo a una mujer por primera vez en la historia de Bajul o porque hablara en inglés.

–Me sentiré muy honrada, majestad.

–¡Es un error monumental! –gritó Shamil.

–Los hombres de tu clase son una plaga para la nación –afirmó Rafiq mientra hacía una seña a un guardia, al que habló en árabe–. Escolta al jeque hasta el aeropuerto y diles que, por orden mía, se le prohíbe cruzar la frontera de Bajul.

Shamil señaló con el dedo a su hermana.

–Te arrepentirás de esto. La ira del pueblo caerá sobre ti cuando sepa que eres la prostituta del rey. Te harán el vacío.

–No lo harán si es la reina.

Shamil se quedó atónito y Maysa lo miró con los ojos como platos.

–¿Qué has dicho?

–Te estoy pidiendo de forma no oficial que seas mi esposa. Y lo haré oficialmente cuando acabe la reunión. Puedes contestarme entonces.

Mientras los guardias escoltaban a Shamil, Maysa se sentó en silencio. Varios miembros del consejo comenzaron a protestar por las dos decisiones de Rafiq.

–¡Silencio! –ordenó este dando una palmada en la mesa–. Os pregunto quién tiene derecho a juzgar a la doctora Barad cuando lo único que ha hecho ha sido divorciarse de un maltratador y

preocuparse por los más pobres de nuestro pueblo. ¿Quién de vosotros ha dado algo más que dinero para conseguirlo?

–Es una prostituta que ha tomado al rey como amante –dijo alguien–. Es una mujer divorciada que no respeta la santidad del matrimonio.

–¿Y usted sí lo hace, jeque Saab? ¿No deshonra a su esposa todas las noches acostándose con la esposa del posadero? –después se dirigió a otro de los que protestaban–. Y usted, jeque Najem, ¿no se divorció de su primera esposa para casarse con otra mujer mucho más joven?

–Es distinto, soy un hombre.

–No estoy de acuerdo. Mis hermanos y yo creemos que hace mucho tiempo que hubiéramos debido llevar a cabo cambios legislativos en lo que constituye la espina dorsal del país: las mujeres.

Zain y Adan le dieron su apoyo verbal antes de que Rafiq continuara hablando.

–Puesto que todos los asuntos ya se han tratado, incluyendo el proyecto del agua, se levanta la sesión.

Tomó a Maysa de la mano y la condujo rápidamente desde el primer piso, donde se hallaban, al tercero. Ella se dio cuenta de que habían llegado a los aposentos reales. El dormitorio, cuya puerta estaba abierta, estaba a la derecha.

–¿Qué ha pasado en la reunión? –preguntó, aún llena de confusión.

–Has accedido a ser la nueva ministra de Sanidad en sustitución de tu hermano, al que he exilado de por vida.

–¿Y?

–Te he pedido de forma no oficial que seas mi esposa –dijo él esbozando una sonrisa–. Y ahora quiero hacerlo de modo oficial.

Puso una rodilla en el suelo y la agarró de las manos.

–¿Me harás el honor de ser mi esposa y mi reina?

Maysa se había imaginado ese momento muchas veces en su juventud.

–¿Y bien? –preguntó él en tono ligeramente impaciente.

Ella quería responder afirmativamente, pero aún no estaba preparada.

–Lo estoy pensando.

Él se incorporó con expresión desilusionada.

–Te pido demasiado y he esperado demasiado.

–No te he rechazado, Rafiq. Pero antes de acceder, debo saber qué te ha hecho cambiar de opinión.

–Elena me ha hecho ver que estaba equivocado después de revelarme que había mantenido una larga relación con mi padre, quien se había negado a casarse con ella debido a nuestras caducas costumbres.

–¿Cómo consiguieron que nadie lo descubriera?

–Adan ha afirmado que lo sabía, pero Zain y yo solo habíamos oído rumores de que nuestro padre tenía una amante, pero nunca sospechamos que fuera la mujer que nos había criado.

Ella también había oído los rumores y tampoco lo había adivinado.

–Es una pena que nunca pudiera mostrar su amor por tu padre abiertamente.

–Eso es lo que intento que no nos suceda a nosotros. Sé que te van a criticar, y no te culparía si me rechazaras...

–Para, Rafiq. Ya te he dicho que he sobrevivido a cosas peores que unos insultos como los de los miembros del consejo hace unos minutos. Pero si accedo a casarme contigo, seguiré siendo como soy, no como los demás piensen que debiera ser. Seguiré siendo médico y atendiendo a mis pacientes.

–Eso requerirá que se tomen medidas de seguridad permanentes en la clínica.

–Las aceptaré con tal de que los guardias no asusten a los pacientes.

–También tendrán que acompañarnos los guardias cuando nos desplacemos a otras zonas.

–¿Nos desplacemos?

–Sí –afirmó él sonriendo–. Creo que me queda mucho que aprender sobre las necesidades médicas del país. ¿Y qué mejor maestra que tú? Pero tendremos alojamientos más cómodos o, al menos, una cama en la tienda donde te haga el amor la próxima vez.

–Estoy totalmente de acuerdo, majestad.

–Entonces, ¿te quieres casar conmigo? –preguntó Rafiq poniéndose serio.

Ella decidió mantener el suspense un poco más.

–Me inclino en esa dirección.

Él le puso las manos en la cintura y la atrajo hacia sí.

–Si me rechazas, debes saber que no me casaré con otra. Me niego a conformarme con algo menos de lo que hay entre nosotros, un amor que ha superado años de separación. No volveré a sentir los profundos sentimientos que experimento por ti.

Eso acabó de convencerla.

–Sí, quiero casarme contigo.

Y no sellaron su compromiso con un contrato, sino con un beso, como debía ser.

–Vamos al dormitorio –dijo él.

–No sé si me sentiré cómoda allí.

–Rima nunca durmió en mi cama, Maysa –apuntó él como si le hubiera leído el pensamiento–. Creo que la estaba guardando para ti.

–Me siento muy honrada de que lo hicieras –y muy conmovida.

–Si también te preocupa que solo me interese hacerte el amor y que me sirva del matrimonio para tal fin, te aseguro que no es así. Simplemente, soy incapaz de dormir si no te tengo en mis brazos.

–Son poco más de las cuatro de la tarde, Rafiq. ¿No te parece un poco pronto para irse a dormir?

–Tal vez pudiéramos considerarlo una larga siesta –afirmó él sonriendo seductoramente.

Ella, con la adrenalina desbocada, estiró los brazos por encima de la cabeza y dijo:

–Estoy muy cansada, así que supongo que me vendría bien.

Rafiq la llevó en brazos a la habitación, como si fuera ya su esposa, y la dejó en la cama. Se desnudaron y, en realidad, durmieron un rato, antes de hacer el amor como pareja comprometida. Lo hicieron lenta y sensualmente, y Maysa estuvo a punto de llorar de felicidad.

En los tranquilos momentos que siguieron, permanecieron abrazados como si no tuvieran que hacer planes para el futuro, hasta que Maysa recordó que tenían que hacer uno que era muy importante.

–¿Cuándo te parece que nos casemos?

–Mañana, si no encontramos a alguien que pueda casarnos esta noche –respondió él frotando la nariz en el cuello de ella.

–Hablo en serio –dijo Maysa dándole con el codo en el costado, ante lo que él hizo una exagerada mueca de dolor.

–Y yo también. Quiero que nos casemos cuanto antes, por si cambias de opinión. Pero supongo que necesitaremos tiempo para organizar la boda.

–Un mes, como mucho, lo justo para preparar una ceremonia íntima. Podríamos ir al sur, a la playa, o celebrarla aquí, en el lago. Siempre he pensado que sería bonito casarse descalzo.

–¿No quieres llevar zapatos ni que sea una gran boda?

–No. Ya sabemos lo que es una boda pomposa y no hace falta que la repitamos. Y quiero casarme descalza y sentir la arena bajo

los pies.

–Puedes hacer lo que te parezca con respecto al calzado, pero cuando un rey Mehdi se casa lo hace por todo lo alto, con un banquete al que acuden miles de personas, a la mayoría de las cuales no conoce ni quiere conocer.

–Accederé al banquete con hordas de desconocidos si los votos los redactamos en privado, acompañados solo de nuestros familiares y amigos íntimos.

–Espero que no incluyas a tu hermano en tu familia.

–Por supuesto que no.

–Estoy de acuerdo, mi futura reina –dijo él besándola con dulzura.

–Preferiría que me llamaras doctora reina. Creo que me he ganado el título.

Rafiq soltó una carcajada.

–Como quieras. Y creo que se me ha ocurrido el lugar perfecto para celebrar la boda.

–¿El lago?

–No, el lugar donde comenzamos a viajar juntos: nuestro pasado.

Epílogo

Un mes después, el rey la doctora redactaron los votos, rodeados de olivos y de unas cincuenta personas entre familiares y amigos. Y se casaron descalzos, lo cual provocó un gran escándalo.

Tal vez la ceremonia no fuera tan íntima como Maysa hubiera deseado, pero todo iba saliendo bien hasta que dos helicópteros internacionales comenzaron a sobrevolar por encima de sus cabezas, lo que les obligó a acelerar los votos y el beso oficial.

Todos se montaron en los coches para ir al palacio. Cuando llegaron los recién casados, los invitados los aplaudieron. A Maysa le sorprendió esa muestra de aprobación y se sintió agradecida. Por suerte, la cobertura de los medios de comunicación había sido favorable y nadie se había mostrado claramente hostil hacia ella, salvo el chef de palacio, a quien le había disgustado que ella cambiara el menú dos veces.

Maysa no recordaba haber sido tan feliz en su vida ni estar tan dispuesta a comenzar a vivir con Rafiq.

Pasó más de una hora saludando a monarcas y autoridades extranjeras. El salón estaba decorado con ramos de jazmín y había velas sobre las mesas, en las que había comida suficiente para alimentar a la mitad de la población de Bajul.

Cuando Maysa acabó de saludar, se dispuso a comer algo, pero Rafiq estaba ocupado hablando con una mujer veinte años mayor que él. A pesar de la diferencia de edad, ella no dejaba de adularlo, lo cual a Maysa no le importó lo más mínimo. Después de que acabara el banquete, el rey la llevaría a pasar dos semanas en Chipre.

–¿Qué tal las primeras horas como reina?

Maysa se volvió hacia Madison y frunció el ceño.

–No me gusta llevar estos tacones tan altos ni tampoco que mi esposo no me pueda prestar atención.

–Acostumbrarse a ambas cosas requiere tiempo.

Madison saludó con la mano a un guapo caballero de mediana edad,

–No tengo ni idea de quién es –dijo sonriendo–. Algún alto dignatario a quien he invitado. La primera regla es que hay que sonreír y fingir que los conoces, aunque no sea así.

–Es lo que he hecho desde que hemos llegado. Además, a muchos ni siquiera los he entendido.

–Si quieres, te enseñaré algunos saludos en las principales lenguas extranjeras. Conozco unos cincuenta.

–Ni siquiera habré aprendido cinco para cuando Zain y tú volváis a Estados Unidos.

–En realidad, hemos decidido quedarnos aquí indefinidamente.

Maysa la abrazó.

–Estoy muy contenta de que os quedéis. Voy a necesitar todo el apoyo que pueda encontrar. Rafiq también se pondrá contento.

–Queremos que nuestros hijos se críen aquí. Y deseo que Cala lidere la futura generación de mujeres combativas, como su tía Maysa, que desafiando a todos ha obtenido el máximo premio.

–¿Rafiq?

–Pues claro. Siempre se le ha considerado un buen partido, al igual que a Zain, hasta que recuperó el juicio y se casó conmigo. Hablando de partidos, aquí vienen nuestros esposos, acompañados del príncipe soltero.

Maysa se volvió a contemplar al hermoso trío de los hermanos Mehdi. Rafiq la besó al llegar.

–Felicidades a la novia –dijo Adan, y la besó en la mejilla–. Te pido disculpas por haber llegado tarde.

–¿Donde has ido después de acabada la ceremonia?

–Como soy un caballero, lo único que puedo decir es que he estado con una señorita aquí en el palacio.

—Solo tú podrías ligar en menos de una hora –afirmó Zain.

–Pues sí, he ligado –dijo Adan sonriendo.

–Disfruta de tu libertad –le animó Zain –porque creo que pronto conocerás a alguien especial que te arrastrará al matrimonio.

–Te equivocas, hermano. Mi intención es esperar hasta los cuarenta para sentar la cabeza.

Todos rieron.

–¿Has notificado al aeropuerto que estamos a punto de salir?

–Sí. El avión ya está listo y yo preparado para llevaros a vuestro destino sanos y salvos después de despedirme de la señorita.

–Date prisa –le dijo Rafiq mientras su hermano se alejaba.

La conversación continuó hasta que Adan volvió con una niña muy pequeña, vestida de rosa, con el pulgar en la boca. Era Cala, la hija de Madison y Zain.

Adan se acercó al grupo con expresión traviesa.

–¿No os dije que era especial?

Zain besó a su hija en la mejilla.

–La señorita más especial del mundo, que es sobrina de un redomado mentiroso.

Madison examinó el vestido de la niña.

–¿De dónde lo has sacado?

–Lo vi en un escaparate la última vez que estuve en París y no pude resistirme a comprárselo. A Joseph le compré un miniesmoquin, que también lleva puesto, pero se ha quedado dormido en brazos de Elena y se perderá la fiesta.

¿Quién hubiera dicho que un pícaro como Adan tenía debilidad por los niños? Maysa no, desde luego. Y le hubiera gustado que Rafiq compartiera el entusiasmo de su hermano. Por lo que sabía, nunca había tenido en brazos a sus sobrinos. Se preguntó si llegaría a superar la pérdida del hijo que había considerado suyo durante meses.

Entonces, Cala tendió los brazos a Rafiq.

Todos se callaron. Maysa contuvo la respiración mientras esperaba a ver cómo reaccionaba su esposo. Este vaciló unos segundos antes de agarrar a la niña. Cala se sacó el dedo de la boca, acarició el rostro de su tío y apoyó la cabeza en su hombro como si sintiera que necesitaba que le ayudaran a cerrar la herida. El corazón de Maysa se llenó de alegría.

–Parece que sabe a quién acudir para que satisfaga sus necesidades –observó Adan rompiendo el silencio–. Siento decepcionarte, Cala, pero para que tu tío te conceda un deseo tendrás que hacerle juegos malabares. Pero si aprendes a hacerle reverencias...

–De ninguna manera –intervino Madison.

Rafiq besó con ternura a Cala, que se había dormido, antes de entregársela a su padre.

–Es hora de que nos vayamos.

Maysa estaba deseando iniciar el viaje de novios y quitarse los tacones.

–Buenas noches y gracias por haber venido.

Después de repartir besos y abrazos, Maysa y Rafiq se subieron a la limusina blindada que los esperaba, flanqueada por escoltas en moto. Adan tomó otro coche y, por fin, se quedaron solos.

Maysa apoyó la cabeza en el hombro de Rafiq y suspiró.

–Ha sido un día perfecto.

Él la besó tiernamente.

–Tú eres perfecta.

Tal vez dejara de creerlo cuando le hiciera la pregunta que llevaba tiempo queriendo hacerle.

–Rafiq, ¿quieres tener hijos?

–Antes no estaba seguro, pero ahora lo estoy. ¿Qué te parecen cinco?

–No hablarás en serio. Los dos tenemos treinta y cuatro años. No tendríamos tiempo de…

Él le puso un dedo en los labios.

–No hablo en serio, pero me gustaría tener dos. También querría que esperásemos un año y que, como dijo Zain, practiquemos con frecuencia hasta que llegue el momento.

–Estoy totalmente de acuerdo con practicar a menudo y esperar un año, pero no más. Necesitamos estar juntos un tiempo antes de formar una familia. Pero querría poner unas reglas.

–¿Volvemos con las reglas?

–Son poco importantes. La primera es que no importa que nos acostemos enfadados siempre que nos reconciliemos en la cama antes de la mañana siguiente.

–De acuerdo.

–La segunda es que ambos necesitamos autonomía y pasar tiempo separados de vez en cuando. Al volver a estar juntos, disfrutaremos más.

–¿Cuánto tiempo? –preguntó él con expresión sombría.

–Por ejemplo, a la hora de comer, pero no a la de desayunar ni a la de cenar. Podemos ducharnos por separado…

–Eso no lo acepto.

–Muy bien, tampoco es que me haga mucha gracia la idea.

Entrelazaron las manos y Rafiq dijo:

–Eres la mujer que me ha salvado de la soledad, el centro de mi existencia, el amor de mi vida.

Sus palabras eran más hermosas que los votos que habían redactado unas horas antes. Palabras hermosas que procedían de un hombre hermoso.

–Y tú, Rafiq, siempre has sido y serás el rey de mi corazón.

Él le acarició el rostro y dijo lo que ella nunca se cansaría de escuchar:

–Te quiero. Te querré siempre.

Ella puso la mano en la de él y le confió su vida.

–Te quiero. Te querré siempre.

Al final, se habían producido varios milagros en la vida de la doctora Maysa Barad Mehdi: su unión con el hombre que más había deseado en la vida; una profesión en la que se sentía realizada; y, lo más importante, darse cuenta de que el amor duradero era más que suficiente.